

LA INVENCIÓN DE LA ESCRITURA

ALFREDO MAURY

LA INVENCIÓN DE LA ESCRITURA



MADRID
Establecimiento tipográfico, Ventosa, 21
1891



LA INVENCIÓN DE LA ESCRITURA

LOS ORÍGENES Y EL DESENVOLVIMIENTO DE LOS ALFABETOS

Cuando una invención ha llegado á su último grado de perfeccionamiento y de sencillez no se representa fácilmente el pensamiento, la marcha que se ha seguido para alcanzar tanto, y si quiere recorrer el camino que ha conducido al hombre, de procedimiento en procedimiento, á las obras que se presentan ante la vista, es preciso emplear con frecuencia casi tanta penetración como la requerida para la creación de esos mismos procedimientos.

Estamos tan léjos de los medios toscos que constituyen el punto de partida de la invención, que no discernimos al principio el enlace que tienen con la concepción última. Tal es el caso en que se encuentra la escritura, ese maravilloso descubrimiento que nos parece hoy tan sencillo por lo mismo que con él nos hallamos muy familiarizados desde nuestra infancia.

Para ser lo que es alpresente, ha necesitado dicho descubrimiento siglos de tanteos y de esfuerzos, y tiene una larga historia, que el vulgo ni siquiera sospecha, cuyos comienzos se pierden en la noche de los tiempos.

Esto, es, por otra parte, lo que ha sucedido en la antigüedad respecto de las invenciones más útiles, ó al menos las más usuales, cuyo origen no se conocía tanto como el de ciertas concepciones raras y de una aplicación á veces esteril.

Sin embargo, ¿qué historia ofrece más

interés que la del procedimiento que ha permitido extender y completar la palabra que ha dado vida á la ciencia, suministrándola los medios de retener y de trasmitir las nociones adquiridas por la observación y la experiencia, y que se ha convertido de este modo en vehículo de todas las demas invenciones?

La historia de la escritura es una de las páginas más curiosas de los anales del espíritu humano y por la que tocamos los medios primeros con cuyo auxilio el hombre ha llegado, no sólo á fijar su pensamiento, sino también á esclarecerlo y particularizarlo.

¡Cuántas nociones adquiridas no quedarían, sin la escritura, vagas é incompletas!

Esta historia nos da la prueba de la marcha progresiva de la inteligencia humana y del poder de propagación que han recibido las obras del genio del hombre.

Como la historia de todas las invenciones, tiene esta la ventaja de mostrarnos la manera como se ha procedido en el principio para hacer lo que parecía imposible de hacer, para realizar lo que parecía irrealizable, dando, por lo tanto, una lección de método que encontrará su aplicación en muchas otras cosas.

Sin embargo, hace tres cuartos de siglo no hubiera podido bosquejarse la historia de la escritura, y hasta entonces no se sabía acerca del origen de las letras más que las fábulas que nos han sido trasmitidas por los griegos, pues no se poseían ninguno de los monumentos por los cuales podemos remontarnos á la cuna de la invención, y los que los hubieran poseído habrían sido incapaces de interpretarlos.

Han sido menester los recientes trabajos de la arqueología egipcia, oriental y mejicana y las indagaciones de los viajeros y de los filólogos, para recons-

tituir los materiales que permiten escribir la historia de las transformaciones de la escritura.

La comparación de los fenómenos que presentan los diversos sistemas gráficos y de las metamorfosis de sus signos en las diferentes edades, es lo que ha hecho posible una ojeada como la que sigue.

Lo que en un principio había podido ser tratado, ya de inverosimil, ya de puramente conjetural, ha tomado, gracias á los monumentos, el caracter evidente.

La escritura, lo mismo que el lenguaje, se nos presenta como el producto de la acción paciente de los siglos, y lo que hoy día afecta un notable aspecto de unidad y de regularidad, lejos de haber sido la creación espontánea y metódica del genio de un indivíduo, no fué más que el resultado lento de varios artificios más ó menos ingeniosos, que se han sucedido frecuentemente mezclándose y que

descubrían en su principio la insuficiencia de las concepciones que les hicieron nacer.

I

Luego que el hombre hubo adquirido los primeros elementos de los conocimientos indispensables para su desenvolvimiento intelectual y moral, debió sentir la necesidad de ayudar á su memoria á conservar las nociones que se había apropiado.

En un principio recurrió á procedimientos muy imperfectos, propios solamente para despertar el pensamiento del hecho cuyo recuerdo quería perpetuar, y asoció la idea á los objetos físicos observados ó fabricados por él.

Cuando el hombre creció algo en

inteligencia, uno de los medios mneumónicos más naturales que se le ofrecieron fué el de hacer una imagen más ó menos exacta de lo que había visto ó pensado, y esta representación figurada, tallada en una sustancia suficientemente resistente ó trazada sobre una superficie que se prestaba al dibujo, sirvió no sólo para recordar aquello que se temía olvidar sino además para comunicar á otro su conocimiento.

Con todo eso, como en la infancia de la humanidad la mano era todavía inhábil é inexperta, frecuentemente no podía ni aun ensayarse en estos toscos bosquejos: ciertas razas parecen haber sido totalmente incapaces para semejante trabajo.

Muchas poblaciones salvajes limitáronse á trabajar una materia dura trazando señales de diversas formas, á las cuales referían las nociones que se trataba de trasmitir.

Se hacían incisiones en la corteza de

los árboles y en la piedra, se grababa sobre tabletas y se dibujaba sobre pieles ó anchas hojas secas los signos convencionales que se habían adoptado, que generalmente eran poco complicados.

También se empleaban tiras de cuero y cuerdas en las cuales se echaban nudos, á la manera que lo hacen con sus pañuelos las gentes para recordar algo que temen olvidar al día siguiente.

Según la tradición china, los primeros habitantes de las orillas del Hoang-Ho se servían, á guisa de escritura, de cuerdecitas anudadas en palos, procedimiento que se emplea todavía entre los Miao, bárbaros de las montañas del Sudoeste de la China, y que no parece propio para expresar ideas muy complejas, ni para referir sucesos que exijan cierta ampliación al expresarlos.

No obstante, semejante procedimiento dió origen en el Perú á un sistema muy perfeccionado de anotaciones, los *quipos*,

por los que mediante la asociación de cuerdecitas de diferentes colores diversamente agrupadas, se había llegado á expresar una multitud de cosas, de tal manera que, en el Imperio de los Incas, los *quipos* suplían con éxito la falta de la escritura.

Las varillas nudosas atadas á las cuerdas, parecen haber sido en la China el punto de partida de aquellos misteriosos diagrammas, cuya invención se hace subir á los tiempos del rey Fo Hi, y de los cuales se trata en el *Y-King*, uno de los libros sagrados del Celeste Imperio.

Antes que el alfabeto *uigur*, de origen siriaco, fuera adoptado por los Tártaros, los jefes se servían para trasmitir sus órdenes, de los *kké-mu* ó palitos entallados.

Cuando las naciones germánicas tuvieron conocimiento de las letras latinas, les dieron el nombre de *buch-staben*, cuyo sentido primitivo es el de los palillos, en cuanto que los entallados habían servido

al principio á estas poblaciones de medios para comunicarse sus ideas.

La expresión correspondiente *bokstafir* designa aún entre los escandinavos las varillas en las cuales se graban signos misteriosos: esto recuerda lo que dice Tácito acerca de que los antiguos germanos hacían ciertas señales en los pedazos de las ramas cortadas por ellos de un arbol frutal, de las que se servían luego para la adivinación.

Las representaciones figuradas de los objetos prestábanse mejor que estos toscos procedimientos á traducir á la vista el pensamiento, á la vez que aseguraban más su trasmisión, por lo cual recurrieron á ellas la mayoría de las tribus salvajes, cuyos indivíduos se hallaban dotados de alguna aptitud para dibujar: de aquí resultó la escritura propiamente dicha.

Entre un gran número de tribus salvajes, ó casi salvajes, se han encontrado

esas representaciones, de las cuales se descubre más ó menos el sentimiento de la forma, y se ve que no han sido mero producto del instinto de imitación que caracteriza á nuestra especie, sino que tenían, sobre todo, por objeto relatar ciertos acontecimientos y expresar determinadas ideas.

Todavía no hace un siglo que la mayoría de los indios de la América del Norte tenían la costumbre de ejecutar pinturas en las que representaban, más ó menos abreviadamente, sus expediciones guerreras, sus cacerías, sus pescas, sus emigraciones, y mediante las cuales traían á la memoria los fenómenos que les habían impresionado y las aventuras en que habían tomado parte.

Los Pieles-rojas consignaban también en estos toscos cuadros su ciencia y su mitología, las prescripciones médicas y las fórmulas de la mágia, sirviéndose de un medio parecido para trasmitir órde-

nes y enviar proposiciones para sus enemigos y á sus aliados.

Se han publicado algunas de las pinturas indicadas, las cuales se asemejan en lo tosco, hasta el punto de confundirse con ellos, á los dibujos que bosquejamos en la infancia.

Los progresos de esta manera de expresión del pensamiento se han confundido con los del arte; pero las razas que no conocieron otra escritura no llevaron muy lejos la imitación de las formas de la naturaleza.

Algunas poblaciones alcanzaron un grado muy notable de habilidad en lo que pudiera llamarse la pintura ideográfica.

Entre las razas de la América septentrional, en donde los idiomas eran tan variados, aunque se refieran á una misma matríz, las que poblaron á Méjico poseyeron un arte verdadero, habiendo llegado al fin del siglo XV á un empleo

realmente notable de las representaciones ideográficas.

Cuando en 1519, el día de Pascua, Hernán-Cortés tuvo por la vez primera una entrevista con un enviado del emperador de Méjico, lo encontró acompañado de indígenas que, reunidos á su presencia, se pusieron inmediatamente á pintar, en tiras de tejido de algodón ó pita, todo aquello que por la primera vez les impresionaba la vista, como los navíos, los soldados armados de arcabuces, los caballos, etc.

De estas pinturas compusieron los artistas mejicanos cuadros que entusiasmaron y sorprendieron al aventurero español; y como éste les preguntara la intención con que las ejecutaban, explicáronle que eran para llevarlas á Motezuma y hacerle conocer los extranjeros que habían invadido sus Estados.

Entonces, y con el fin de dar al monarca mejicano una idea más alta de las

fuerzas de los conquistadores, Hernán-Cortés hizo maniobrar á sus infantes y jinetes, descargar su mosquetería y disparar sus cañones, y los pintores volvieron á tomar el pincel, y trazaron en sus tiras de tela aquellos ejercicios tan nuevos para ellos y de que eran testigos: con tal fidelidad de reproducción terminaron su tarea, que los españoles quedáronse maravillados.

No todos los pueblos que se contentaron con representaciones figuradas para traducir gráficamente la palabra, nos ofrecen un adelanto tal en empleo de las pinturas ideográficas.

La observancia de una gran exactitud en los pormenores, de una precisión rigurosa en la reproducción de la realidad, hubiera entorpecido con frecuencia la rapidéz de la ejecución, y en la mayoría de los casos habría sido de todo punto imposible.

Como solamente se recurría á seme-

jantes dibujos con el fin de hablar al espíritu y de ayudar á la memoria, se introdujo la costumbre de abreviar los trazos y reducir las figuras á lo que era extrictamente necesario para ser comprendido por los sentidos; así es que se adoptaron indicaciones convencionales que dispensaban de muchos pormenores.

En esta pintura ideográfica se recurrió á los mismos tropos, á las mismas figuras de pensamiento de que nos servimos en el discurso; la sinécdoque, la metonimia, la metáfora; se representó la parte por el todo, la causa por el efecto, el efecto por la causa, el instrumento por la obra que produce, el atributo por la cosa misma.

Lo que una representación material no habría podido pintar directamente, se expresó mediante figuras que sugerían la noción por vía de comparación ó de analogía.

Tales son los procedimientos que nos

ofrece la escritura figurativa de los egipcios y de los mejicanos.

Cuando los primeros querían, por ejemplo, dar idea del combate, dibujaban dos brazos humanos, uno de los cuales tenía un escudo y el otro una especie de hacha de armas; cuando los segundos trataban de expresar la idea de correr, lo hacían mediante la representación de dos piernas en acción de moverse rápidamente.

Así se constituía el simbolismo que había de invadir la escritura ideográfica, como había invadido la religión.

Además, afectaron las imágenes una significación particular por el hecho de su asociación; la metáfora, el emblema, el tropo, daban á ciertos grupos de figuras un sentido que nacía de la aproximación de unas con otras de las diversas imágenes de que los mismos estaban compuestos; de este modo se han representado ideográficamente concepciones

que no se prestaban, ó se prestaban mal, á una simple reproducción iconográfica.

Los egipcios empleaban con bastante frecuencia este método, que igualmente se encuentra aplicado, en las pinturas mejicanas.

Su huella se descubre en la escritura china, cuyos caracteres gráficos no son más que las alteraciones de las figuras toscas de los objetos que, á manera de escritura, dibujaban en un principio.

Estas figuras, reunidas de modo que pudieran expresar una idea, constituyen lo que los chinos llamaban *hoéi-i*, es decir, *significaciones combinadas*; por ejemplo, la figura de una boca humana trazada al lado de la figura de un pájaro, significa *canto;* la de una oreja entre las dos hojas de una puerta, expresa la idea de *escuchar;* el símbolo del agua unido á la figura de un ojo, tuvo el sentido de *lágrimas*.

Y hasta los Pieles-rojas usaron de

semejantes emblemas, lo que prueba lo natural que es su uso para el espíritu.

La escritura ideográfica no permanece, pues, por mucho tiempo como una mera representación iconográfica, sino que bien pronto tomó una mezcla de figuras de significaciones muy diversas, una continuación de representaciones tomadas alternativamente en un sentido propio y en un sentido figurado, de emblemas, de verdaderos enigmas, cuya inteligencia exigía frecuentemente una penetración particular.

En este estado, la escritura ideográfica era un arte difícil y á veces un secreto cuyo conocimiento era privilegio de un corto número, de los que aventajaban á los demás en la destreza manual y en la inteligencia, y, por consecuencia, de los sacerdotes ó de los mágicos y de los hechiceros que los reemplazan en las poblaciones más bárbaras y más ignorantes.

El nombre de geroglíficos ha sido, pues, exactamente aplicado á estos sistemas gráficos.

En el simbolismo que con ellos estaba estrechamente ligado, se daban necesariamente reunidas todas las ciencias, todas las creencias del pueblo que usaban semejantes procedimientos.

De aquí la imposibilidad de descifrar estas clases de escrituras si no se está familiarizado con las ideas de aquéllos de que proceden.

Puédese muy bien reconocer en los geroglíficos egipcios, al primer golpe de vista, tal ó cual imagen, por ejemplo, la de un hombre que está atado á un poste, que tiene los codos atados, que hace una ofrenda ó lleva una esclava; mas ¿cómo pudiera conjetuarse que la imagen de un buitre significa la idea de la maternidad, si se ignora que, desde el tiempo de los Faraones, los egipcios suponían que esta especie de pájaros no contenía

más que hembras que podian enjendrar sin el concurso del macho?

¿Cómo se podría referir el sentido de hijo á la figura de un ganso, si no se sabe que el ganso del Nilo pasaba por un modelo de piedad filial?

¿Cómo la figura de un gavilán sobre una percha, sugeriría la idea de Dios, si no se está informado de que el gavilán era considerado como el emblema del sol, el Dios por excelencia?

La escritura figurativa no se trazó sólo sobre las rocas ó en los troncos de los árboles, ni se empleó únicamente en la composición de algunas breves inscripciones, sino que sirvió además, como lo atestiguan los monumentos de Egipto y de la América central, para exornar los edificios, que mediante ella han hablado á la posteridad; pero faltaba poder llevar por todas partes donde era necesario estas imágenes escritas.

El hombre tenía necesidad de llevar

consigo su mneumónica, y al efecto preparó pieles, tejidos, sustancias ligeras y fáciles de procurarse, en las cuales grabó y pintó colecciones de estas figuras, de cuya suerte tuvo verdaderos libros.

El pensamiento pudo desde entonces circular ó ser guardado como un tesoro, y algunas tribus salvajes, para hacerlo más expresivo, llegaron hasta servirse de su propio cuerpo como de papel, y entre varias poblaciones de la Polinesia los dibujos de *tatuage* que se enriquecían en cada época principal de la vida, eran una verdadera escritura: se leía sobre la piel del salvaje su biografía, sus hazañas, y á veces, las obligaciones que había contraído.

Un sabio aleman, M. H. Wuttke, á quien se debe una interesante *Historia de la escritura*, ha consagrado todo un capítulo al *tatuage*.

¿No hemos nosotros escrito, durante bastante tiempo, con algunas letras mar-

cadas con hierro caliente en la espalda del criminal, la historia abreviada de su crimen.

Las poblaciones menos adelantadas entre las que usaron de la escritura figurativa, no han ido más allá del procedimiento que consiste en presentar el pensamiento por sencillas imágenes de hombres, de animales, de plantas, de utensilios, etc.; pero las que alcanzaron una verdadera civilización no se quedaron, por lo general, en este punto.

A fuerza de ser trazadas rápida y abreviadamente, alteráronse las figuras en sus formas, concluyendo por no ofrecer más que signos en los que con frecuencia era muy difícil reconocer el tipo primitivo.

El hecho se observa ya algunas veces en las pinturas mejicanas; pero se produce en más grande escala en Egipto, donde la escritura geroglífica era empleada desde tiempo inmemorial.

Por la necesidad diaria se la sustituyó con una verdadera taquigrafía, que se halla empleada especialmente en papirus, y que los epitólogos llaman escritura *hierática*.

Posteriormente imaginóse una escritura más cursiva todavía, que descansa sobre un sistema bajo algunos aspectos más adelantado y que se apellida *demótica*, porque estuvo en uso durante los últimos tiempos de los Faraones y bajo los Ptolomeos, en casi toda la población egipcia.

En China fueron también desfiguradas pronto las imágenes toscamente trazadas, no presentando más que un conjunto de trazos que el escriba ejecutaba con el pincel, y que no guarda semejanza alguna con las figuras de que aquellos trazos son, sin embargo, una alteración.

En las escrituras cursivas usadas en China, los signos se han corrompido más

y han afectado formas de todo punto convencionales.

En este estado, la escritura figurativa cesa de ser una pintura para convertirse en una *semeiografía*, es decir, en un conjunto de caracteres representativos de ideas y que constituye lo que los arqueólogos llaman ideogramas: la escritura cuneiforme, que comprende diversos sistemas, contiene una multitud de signos de esta naturaleza.

Los trazos ofrecen el aspecto de flechas ó de clavos, y forman por su agrupamiento, variado hasta el infinito, verdaderos caracteres.

Estos grupos cuneiformes, como los más antiguos caracteres chinos, reproducían toscamente en su origen la configuración de los objetos; pero las imágenes se alteraron tanto después, que, con raras excepciones, casi no se puede remontar á los prototipos iconográficos, pues no presentan más que signos que

tienen un valor puramente mneumónico, y de los que un gran número lo tiene fonético.

Por lo demás, no hay que extrañarse de esa desaparición compléta de las imágenes, en vista de la mucha duración que es preciso atribuir á la evolución de este sistema gráfico, que se remonta á más de quince siglos anteriores á la época en que dejó de emplearse, y cuyos primeros monumentos son aún más antiguos, siendo por otra parte de notar, que los grupos cuneiformes han variado notablemente de configuración, según los tiempos y los lugares, áun dentro de un mismo sistema.

Los Nahuas, que constituían la población dominante de la parte central de Méjico á la llegada de los españoles, y de cuya escritura ideográfica hemos tratado al principio, no parecen estar tan lejos en la práctica del dibujo de objetos reales, pues en sus antiguos manuscri-

tos la figura de los símbolos es casi siempre facil de reconocer.

No hablamos de la escritura calificada de calculiforme, los *Katuns*, empleada en los monumentos del Yucatan, que todavía no se ha logrado descifrar.

El método semeiográfico no excluye los símbolos, los emblemas, las imágenes combinadas, pues no hace otra cosa que alterar el aspecto casi por completo.

Se encuentran, pues, en la hierática egipcia, como en la escritura china actual, como en la cuneiforme asiria, caracteres verdaderamente ideográficos, los cuales existían lo mismo en la escritura cuneiforme de los Anarios ó Turanios de la Asiria, del pueblo que parece haber formado la primitiva población de Babilonia y de las tribus de la misma raza habitantes de la Média.

Las inscripciones llamadas *accadienses* y el texto calificado de medo-scítice de los monumentos de la época de los reyes

de Pérsia aqueménides, nos muestran el uso de esta escritura.

Los caracteres ideográficos se nombraban necesariamente con las palabras que, en la lengua del pueblo que de ellos se servía, respondían á las ideas así expresadas.

De esta suerte, los signos compuestos ó grupos de muchas figuras llegaban, como atestigua la escritura china, á representar palabras simples, lo cual conducía á tomar los caracteres por los signos mismos de los sonidos emitidos al leerlos.

Los signos-imágenes y los ideogrammas, que no eran más que su corrupción, se transformaron, pues, gradualmente en verdaderos caracteres vocales, lo cual debió tener lugar, sobre todo, en escrituras tales como la de los chinos y la cuneiforme, en las que el signo, habiendo perdido la apariencia de una representación de objetos reales, no podía

despertar más que la idea de la palabra á quien se había unido.

De este modo nació el fonetismo, es decir, el empleo de caracteres que responden, no á ideas, sino á sonidos.

Imágenes é ideogramm's constituyeron, pues, signos de sonidos, los cuales, monosilábicos en chino, lo llegaron también á ser en las lenguas polisilábicas, por consecuencia del hábito que prevaleció poco á poco, como nos lo muestran el egipcio y el nahuatl, de tomarse el signo por la expresión del sonido inicial ó dominante de la palabra: á esto se ha llamado método acrológico.

Desde entonces llegóse á escribir fonéticamente por el procedimiento del geroglífico; sin embargo, el objeto figurado representaba, no el conjunto de los sonidos comprendidos en el nombre con que era designado, sino solamente el sonido principal.

Cuando los Nahuas querian, por ejem-

plo, escribir el nombre del Rey Itzcoatl, dibujaban flechas de punta de obsidiana, especie de piedra que se denominaba en aquel idioma *iztli*, alrededor de la figura de una serpiente, animal apellidado en el mismo idioma *cohuatl*.

El fonetismo acrológico hacía leer la figura de la flecha *itz* por *itzli*, y se tenía entonces, con la ayuda de un verdadero geroglífico, el nombre de Izcoatl.

Las imágenes tomadas por expresiones de sonidos entre los antiguos mejicanos, concluyeron por representar sílabas y hasta vocales simples, y se las combinaba para escribir las palabras polisilábicas.

Era esto, como se ve, un fonetismo muy imperfecto, fundado frecuentemente en una especie de equívocos por aproximación, y que debía dar motivo á frecuentes errores, pues no se asignaba á cada caracter un lugar determinado correspondiente al de la sílaba en la palabra.

Las figuras geroglíficas de los mejicanos, aunque empleándose á veces en su sentido ideográfico, suministraban en los últimos tiempos de la literatura nahuatl, verdaderas letras, ó más bien signos silábicos.

Así, la imagen del agua, *(atl)*, representaba, por consecuencia de la extensión del método acrológico, el sonido *a*; la del haba *(etl)*, el sonido *e*; la de la mano *(maitl)*, el sonido *ma*; la de un altar (en nahualt *momoztli*) la sílaba *moz*, etcétera.

Cuando más tarde se trató de traducir en geroglíficos mejicanos palabras españolas ó el latín de los rezos de la Iglesia, se comprendió la imperfección de semejante silabario, pues le faltaban signos para representar una multitud de sonidos extraños al nahualt: hubo, pues, que contentarse con muy groseras aproximaciones.

Cuando, por ejemplo, se quería escri-

bir *amen*, se asociaba el geroglífico del agua (en mejicano *atl*) pronunciado *a*, á la imagen de la planta de la pita, que se apellidaba *metl* en el mismo idioma, y de esta manera se tenía la palabra *ametl*, vocablo que se aproximaba á la exclamación hebráica adoptada en la liturgia cristiana.

Para expresar *pater noster*, se recurría á asimilaciones de sonidos análogos, y mediante geroglíficos fonéticos correspondientes se escribia *pau-tetlnoch-tetl*.

El procedimiento acrológico ha sido aplicado por los egipcios de la misma manera, poco más ó menos, que lo hacían los Nahuas, como lo hace notar Mr. F. Lenormant en su libro sobre la *Histoire de la propagation de l'alphabet phénicien*.

El empleo de las imágenes con valor fonético no trae consigo, ya lo hemos dicho, el abandono de los ideogrammas, de las imágenes simples ó tomadas en

un sentido figurado: unos y otras concurren á suministrar los elementos de la escritura; pero como nada les distinguía en lo exterior, como un mismo signo pudo alternativamente responder á una idea ó á un sonido, hubiera resultado una extremada confusión, si el uso no hubiese consagrado para ciertas imágenes un valor casi exclusivamente fonético, las cuales, perdiendo su papel ideográfico, vinieron á convertirse en meras letras.

Los chinos no hicieron sufrir á sus ideogrammas, semejante cambio de atribuciones, sino que se contentaron con agregar á la mayoría de los grupos compuestos, asignándoles generalmente un lugar fijo, un caracter indicativo del sonido, el cual insinuaba la pronunciación del grupo, en el que el valor ideográfico era anunciado, más ó menos claramente, por otro de los caracteres que lo componían, llamado *clave*: estas claves, en número de 214, estaban reputadas como

representaciones de los ideogrammas simples.

La escritura egipcia, en la que los signos eran de origen más variado que en la China, no se detuvo en un sistema tan regular, sino que se recurrió á geroglíficos complementarios que ayudaban á fijar el sentido, y que se han denominado *determinativos*: colócanse ordinariamente después de la parte fonética del grupo; pero siempre tienen igual precisión.

Unas veces no tienen más que una acepción genérica, de manera que pueden usarse después de una multitud de raíces, que no tienen entre sí más que una relación de sentido muy lejana; otras sólo convienen á una categoría especial de palabras, ligadas por una idea común; y otras son la misma imagen del objeto que el grupo enuncia fonéticamente, y entonces se produce lo que nos presentan tantos caracteres chinos, que

son á la vez fonéticos é ideográficos.

Este medio no bastaba todavía para hacer que desapareciese toda oscuridad, pues algunos de los indicados determinativos podían ser confundidos á su vez con signos fonéticos de los que servían para la composición de la palabra.

A veces se les multiplicaba, en cuyo caso es ordinario el último el que da el sentido verdadero de la raíz.

La manera como tuvo nacimiento el fonetismo, engendró lo que se ha llamado *polifonía*, es decir, que los caracteres ideográficos, convertidos en signos de sílabas fueron aptos para presentar indistintamente tal ó cual sílaba, pues los sonidos referidos á los signos procedían de las palabras por las cuales se habían designado las imágenes, y estas palabras podían ser diversas para una sola y misma representación.

A fin de señalar la verdadera pronunciación de un caracter polífono emplea-

do en un grupo dado, se recurrió á uno ó varios complementos fonéticos, ó, lo que es lo mismo, á uno ó varios de los signos que señalaban el sonido que se quería indicar.

Tal gerolífico, por ejemplo, respondía á las articulaciones *ab* y *mer*; cuando debía tener la pronunciación *ab* se le hacía seguir de un gerolífico que tuviese el valor de la *b*, y cuando debía pronunciarse *mer*, se le ponían dos gerolíficos que respectivamente tuviesen los valores de *m* y *r*.

Sin duda que estos medios eran harto groseros; mas antes de llegar á procedimientos sencillos no se conciben sino imperfectos.

El signo complementario encerraba á veces varios valores fonéticos, y era necesario entonces adivinar el que debía escojerse, á cuya determinación ayudaba á su vez la explicación del caracter.

Los asirios y sus antepasados, á los cuales se da el nombre todavía discutido de accadienses, hicieron asímismo, uso de complementos fonéticos que colocaban después de la última sílaba de la palabra, y han tenido igualmente verdaderos determinativos, pues en el sistema cuneiforme ciertos signos particulares preceden á los nombres de dioses, de hombres y de países, y sirven así para reconocer que la palabra no es un sustantivo genérico.

Además, cuando el escritor asirio empleaba un ideogramma antiguo, añadía en caso necesario una glosa, en la cual se daba en caracteres más pequeños la lectura asiria del signo en cuestión.

Todo esto no obstaba para que el sistema gráfico de los egipcios, como el de los asirios, fuese de un uso muy incómodo y exigiese una larga práctica; mas el embarazo en que estas escrituras ponían á veces al lector, daba ocasión á

otro para el sistema ideográfico-fonético cuando este pasaba del pueblo que lo había creado á otro pueblo que no hablaba el mismo idioma, y cuya lengua, de un genio diferente, no tenía las mismas articulaciones.

Esto es precisamente lo que tuvo lugar respecto del sistema cuneiforme.

Los asirios, que recibieron los ideogrammas cuneiformes de los turianos, aplicaron alternativamente á esos caractéres lecturas nuevas sacadas de su propia lengua, y nuevos valores fonéticos, que no les hicieron por esto abandonar los que sus antepasados habían adoptado.

Sirviéndose así simultáneamente y con frecuencia en una misma palabra, de caracteres silábicos y de caracteres puramente ideográficos, hicieron de su escritura un mosáico muy complicado en la que era facil extraviarse.

Mientras que los ideogrammas conti-

nuaron siendo empleados, sobre todo para escribir las raíces de las palabras, el fonetismo servía exclusivamente para escribir las formas de los casos, de los tiempos, de las personas, de todas esas inflexiones que era indispensable indicar con alguna precisión.

Así es que, pasando de los turanios á los semitas de la Asiria, el sistema cuneiforme se sobrecargó de una multitud de valores nuevos mediante los grupos escritos con el auxilio de clavos.

Los asirios imaginaron á su vez grupos concebidos según el mismo principio que los procedentes, y las equivalencias se multiplicaron de un modo indefinido.

La polifonía, todavía poco desenvuelta en la escritura llamada accadiense, tomó grandes proporciones entre los asirios: un mismo caracter contaba allí algunas veces diez ó doce valorès diferentes.

Sin duda que los signos cuneiformes

se hallan lejos de ofrecer todos semejante cacofonía; pero en muchas se observan algunas de las transiciones del ideogramma al sonido, y recíprocamente.

Nuevas metamorfosis en el valor de los signos se operaron asímismo cuando la escritura pasó á los medoscitas ó turanios de la Média, á los accadienses de la Armenia, que se apropiaron, por su parte, la escritura cuneiforme y recibieron, en su consecuencia, los caracteres con los sonidos que les prestaron los que los habían usado antes.

Numerosos grupos experimentaron de este modo un aumento de acepciones.

La comparación de los textos no hubiera bastado para hacer constar tan multiplicadas mutaciones, y no se hubiera recorrido semejante laberinto sin haber encontrado guías que en un principio no podían esperarse.

Nos referimos á las tablillas de barro cocido que se han encontrado en las

ruinas del palacio Nínive, y que parecen procedentes de aquella regia mansión.

Vense en ellas grabados verdaderos cuadros de concordancias gráficas, y el texto nos enseña que el rey asirio Assubanipal las había hecho ejecutar para uso de los escribas, y verosímilmente no son otra que la repetición de documentos análogos usados en Babilonia y de los que M. George Smith ha traído de su reciente viaje un precioso fragmento.

Estas tablillas, impropiamente llamadas en un principio por los asiriólogos *silabarios*, contienen tres columnas paralelas: la del centro, da el caracter cuneiforme que ha de explicar; la de la izquierda, suministra la lectura fonética, y la de la derecha, presenta la significación dada á la palabra asiria.

El examen de estas tablillas da la prueba de que los caracteres que en ellas se explican no pertenecían al principio á

la lengua de los asirios y que eran para éstos meros ideogrammas.

En efecto, la transcripción fonética de la columna de la izquierda nunca presenta palabras asirias, sino que nos lleva á un idioma distinto, á pesar de que la transcripción efectuada silábicamente conforma bien con los valores fonéticos que en el estudio de los textos bilingües (asirio y persa) ha establecido para los caracteres asirios.

Si allí no se reconoce la lengua de la Asiria, se encuentra el silabario, siendo la conclusión que los asirios debían éste al pueblo cuyo idioma se encuentra en las tablillas de Assubanipal, deletreado en la columna de la izquierda.

Los signos inscritos en la columna del centro, muestran que en asirio un grupo ó signo podía tener valores diversos.

Las tablillas registran con frecuencia lecturas diferentes para un mismo carac-

ter, respondiendo cada una á una significación especial.

Es verdad que algunas veces se atribuyen en asirio muchos sentidos á un mismo ideogramma aunque la transcripción fonética sea la misma; pero en semejante caso hay que notar que estos sentidos se separan poco unos de otros.

Notemos, en fin, que si la transcripción fonética de la columna de la izquierda nos da á cada instante palabras de muchas sílabas, no sería admirable que las tablillas fuesen menos silabarios asirios, pues que el sistema gráfico de la Asiria no tiene signos de un valor polisilábico.

Todos los caracteres fonéticos de este sistema representan monosílabos, ya simples, es decir, formados de una vocal y una consonante ó *vice-versa*, ora complejos, esto es, compuestos de una vocal y muchas consonantes.

Por un procedimiento más analítico se expresaba algunas veces la sílaba

compleja descomponiéndola en dos sílabas simples, comenzando siempre la segunda por la vocal con que terminaba la primera; así, por ejemplo, para escribir *nap-sat* se ponía *na-ap-sa-at*.

Las tablillas de concordancias no son los únicos documentos lexicográficos que que han descubierto los asiriólogos, pues que han encontrado además listas comparativas de palabras asirias y accadienses que nos proporcionan verdaderos glosarios, pues la palabra accadiense está casi siempre puesta en asirio por una escrita fonéticamente; por otra parte, glosas semejantes á estas ayudan para descifrar algunos de los signos más oscuros.

En los monumentos mismos de la Asiria es, pues, como lo han mostrado MM. J. Oppert y F. Lenorman, en donde la ciencia comprueba los singulares cambios de significaciones sufridos por los caracteres cuneiformes, metamorfo-

sis que acabaron por hacer de este modo de escritura una especie de caos.

Los asirios no supieron librarse de esto, pues aunque llegaron, sin duda, á poseer un silabario con el que podían escribir fonéticamente todas las palabras, no consiguieron introducir en él orden y sencilléz.

En Asiria, como en Egipto, no pudieron resolverse á repudiar una multitud de signos inútiles, con lo que hubiesen tenido un silabario uniforme; los medoscitas, al apropiarse el sistema anariense, le despojaron de la mayoría de sus ideogrammas, y casi no conservaron más que los caracteres fonéticos.

Los egigcios, que estaban en camino del método alfabético, que en ciertos casos aplicaron, permanecieron apegados á los procedimientos ideográficos por los hábitos y sus creencias.

Renunciar á los ideogrammas, que frecuentemente eran símbolos divinos, alu-

siones á su culto ó á sus usos, era para ese pueblo aniquilar su historia, borrar las inscripciones de que estaban recargados sus edificios, rasgar los manuscritos en que estaban consignadas sus oraciones, rechazar; en una palabra, cuanto era objeto de su veneración.

¿Acaso no eran para ese pueblo los geroglíficos la revelación del dios Thoth?

Igualmente en la China llevaban mucho tiempo de emplearse los ideogramas para que pudiera relegárseles al olvido.

El abandono absoluto de semejantes caracteres sólo era posible en un pueblo que no estuviera encadenado por la tradición, y que habiendo recibido del extranjero el conocimiento de la escritura, pudiera elegir entre los signos que se le importaban, y contentarse con cierto número de caracteres fonéticos, representaciones de monosílabos y áun de meras articulaciones.

De este modo sucedió en la extremidad oriental del Asia, entre los japoneses.

Había recibido este pueblo, hacia el fin del siglo III de nuestra era, lo más tarde, los libros de los chinos, con cuya literatura se fué poco á poco familiarizando.

El conocimiento del idioma del celeste imperio se difundió, pues, por el Japón, en donde se adquirió de este modo la costumbre de emplear sus caracteres; pero la pronunciación y la gramática japonesas difieren profundamente de la pronunciación de la gramática china.

Y á fin de poder leer esos signos, á los cuales se unieron ciertos sonidos monosílabos, hubo de ser necesario introducir en su valor fonético cambios que permitiesen su articulacion á las bocas japonesas.

De aquí las modificaciones de pronunciación bastante considerables en un

gran número de caracteres chinos, especialmente en aquellos que implicaban letras que no poseía el idioma japonés.

Los signos tomados á los chinos recibieron, pues, frecuentemente nuevos valores fonéticos, al mismo tiempo que los japoneses, cuya inteligencia podía ser defectuosa por la diferencia que, comparado con su propia lengua, ofrece el orden de las palabras en el idioma chino, introducían en la escritura del Imperio del centro ciertos signos destinados á restablecer el orden sintáxico, tal como lo exigía su idioma nacional y especialmente determinadas inflexiones.

Como se ve, hicieron con el sistema gráfico que les había sido importado lo que los asirios habían hecho á su vez del sistema gráfico de los accadienses.

En el Japón, como en la Asiria, la escritura ideogrammática había pasado de un idioma á otro de genio enteramente opuesto.

Un hecho análogo se ha observado tambien respecto de la escritura *pelvi* cuando lo usaron las poblaciones de origen iranio.

Los japoneses se acostumbraron á designar los signos monosilábicos que tomaron de sus vecinos, por los sonidos que á ellos respondian en su sistema de lectura, ora conservaran estos caracteres el monosílabo chino, ora se les sustituyera una sílaba joponesa, ya, en fin, apegándose al sentido ideográfico, se denominara el signo por el nombre japonés del objeto que representaba.

Por semejante medio se encontró este pueblo poseedor de un silabario que adaptó á su lengua; mas siendo esta polisilábica, los japoneses representaron las palabras de más de una sílaba por tantos caracteres como sílabas componian la palabra, recurriendo, por otra parte, para el trazado de los caracteres á la forma cursiva china: esto es lo que

constituyó la escritura llamada *man-yo-kana*, en la que en un principio se observó esa especie de oscuridad que implica la escritura cuneiforme, y que obedecia á las mismas causas.

«En efecto, dice Abel Rémusat, el número de las sílabas japonesas era poco considerable, y habría bastado un número reducido de caracteres para representarlas todas; pero se introdujo una confusion muy grande, haciendo tomar ahora un caracter y luego otro por signo de la misma silaba, y más aún, aplicando un mismo caracter á la representacion de sílabas diferentes.»

Volvemos, pues, á encontrar aquí el mismo fenómeno de polifonía que ofrece la escritura asiria, debido igualmente al uso de un sistema de ideogrammas por un pueblo que hablaba una lengua diferente de la de los inventores de este sistema.

En cuanto á los signos que responden

á monosílabos diferentes, se explican por el hecho de que la pronunciacion de los caracteres chinos había variado con el tiempo, se diferenciaba en algunas provincias, y porque el signo chino había sido denominado, ya por el monosílabo original que traducía á la vista en China, ya por la palabra japonesa expresiva de la idea que este caracter despertaba.

El silabario *man-yo-kana* no contenía, pues, un número determinado de signos, y todos los grupos chinos tomados fonéticamente podian en rigor entrar en él; pero poco á poco se redujo el número de los signos en uso al que era suficiente para representar las diversas sílabas de la vocalización japonesa, esto es, á 47 signos.

Con esto realizóse un gran progreso; la escritura había llegado al silabismo y el *man-yo-kana*,—de la cual se han servido para escribir los antiguos mo-

numentos de la poesía japonesa compuesta en la lengua llamada de *Yamato*, á pesar de su nombre que significa de *caracteres de las diez mil hojas*,—no encierra más que cuarenta y siete signos tomados todos del chino.

Más tarde, en la mitad del siglo VIII de nuestra era, un bonzo japonés llamado Simo-Mitsin-Mabi, que desde largo tiempo había residido en China, á cuyas escuelas budhistas iban á instruirse sus compatriotas, imaginó un silabario de cuarenta y siete caracteres, derivados todos igualmente de caracteres chinos, si bien abreviados, pues en este silabario, ó, para usar la palabra indígena, en esta *irofa*, cuatro signos solamente conservan íntegra la forma del carácter chino á que deben su orígen.

Así se constituyó la escritura denominada *kata-kana*, ó *escritura de fragmentos*, de forma infinitamente más sen-

cilla y más fácil de trazar al pincel que la vieja *man-yo-kana.*

Y áun parece que sea Simo-Mitsin-Mabi el primero que tuvo la idea de reducir los caracteres de la escritura á cuarenta y siete, cifra que en seguida fué adoptada para el *man-yo-kana* citado.

El sacerdote japonés debió tener á la vista libros escritos en caracteres indios, y el conocimiento de este alfabeto pudo sugerirle la idea de no servirse más que de este pequeño número de signos.

Con todo esto, las sílabas del *kata-kana* exceden en realidad bastante de esta cifra, pues con la ayuda de un sistema de puntos ó de pequeños trazos que indicaban una como dulcificación en la pronunciación de la consonante inicial, se operó en la sílaba un verdadero cambio de letra.

Si los caracteres *kata-kana*, de forma cuadrada, pesada y de pequeñas dimen-

siones, ofrecian ventajas por la claridad, apénas se prestaban á la rapidez del trazado, lo cual hizo que se imaginara en el Japon otra clase de escritura, la *fira-kana*, fundada sobre el mismo silabario, pero imitada de la escritura cursiva china denominada *tsao-cho*, es decir, *escritura de las plantas*, y en la cual se tendía constantemente á abreviar los elementos del grupo constitutivo del signo.

En la *fira-kana* se redondearon las formas, uniéndose los trazos entre sí por medio de ligaduras; y si de este modo se obtuvo un dibujo mucho ménos elegante y ménos claro, se tuvo, en cambio, una escritura de ejecución mucho más rápida.

Tal fué la obra de dos bonzos que vivieron en el siglo IX de nuestra era, despues de cuya época el *fira-kana* ha prevalecido en la gran mayoría de los libros japoneses; pero el progreso determinado por la invencion de estas dos

clases de escritura, fué detenido por la persistencia en el uso de los caracteres chinos.

La lengua del Celeste Imperio, al continuar siendo divulgada por el Japon, ejerció en la literatura de este país una influencia análoga á la que el árabe ha ejercido en el persa y el turco.

Multitud de palabras chinas pasaron al estilo japonés, y escribiéndolas se les dejó la forma gráfica que en su orígen tuvieron.

De aquí la mezcla que se observa sin cesar en los libros japoneses, de caracteres de la *irofa* y de signos chinos, mezcla que no contribuye poco á la dificultad que experimentan los europeos para aprender á leer en esos libros.

Los japoneses se quedaron aquí y no pasaron del procedimiento silábico, que, sin embargo, redujeron á su mayor sencillez.

Hay, en efecto, distancia del pequeño

número de signos del *kata-kana* al silabario tan rico de los asirios.

A pesar de su inteligencia, los hombres del Imperio de los dairis no han sabido distinguir en la articulación lo que constituye la consonante y la vocal, ni destinar para cada una de estas letras un caracter separado, susceptible de encajarse, por decirlo así, con otro, de la misma manera que en la voz se une la consonante con la vocal.

La realización de este progreso estaba reservada á un pueblo habitante de la otra extremidad del Asia, al cual debía, al menos, pertenecer la gloria de hacer del alfabetismo la base de la escritura.

La invención del alfabeto no ha sido, á lo que parece, una creación espontánea, como la de los bonzos japoneses de que acabamos de hablar, sino que fué el producto de un largo trabajo ó, mejor, de una larga práctica gráfica que tuvo por teatro al Egipto, y donde el pueblo

de Canaam fué á buscar los elementos que debía poner en juego.

II

Los mejicanos, los chinos y los asirios quedaron detenidos en los diversos grados del fonetismo; no se elevaron más allá de la idea de una imagen de la sílaba.

Los egipcios habían llegado al mismo punto desde la más remota antigüedad; mas muy anteriormente habían dado un paso de avance y concebido la noción de las letras, representando no sólo la vocal sino también la consonante, haciendo abstracción del sonido vocal que permite articular aquella más claramente y le sirve, como dicen los gramáticos, de *motión*.

La misma naturaleza de la lengua

egipcia pudo conducir á los que la hablaban á esta disección de la sílaba.

El idioma divulgado en las orillas del Nilo, de que el copto es la última transformación, tenía de común con las lenguas semíticas el que las vocales no ofrecían allí la plenitud y la sonoridad que tienen en los idiomas europeos, sino que afectaban un sonido sordo que se prestaba con más facilidad á los cambios en su pronunciación, variable según el papel gramátical de la palabra: el número, el tiempo, etc.; en suma, eran lo que se llamaban vagas.

Tal pronunciación debió, en la lectura de los signos silábicos, atenuar la importancia de la vocal y hacer insistir por más tiempo sobre la articulación de la consonante.

Esta es, pues, la que tendió, cada vez más, á expresar el caracter fonético, que en un principio expresaba una sílaba, y al fin, en muchos caracteres el signo no

respondía en realidad más que á la consonante, mientras que en los caracteres que representaban una sílaba formada sólo de una vocal ó de un diptongo, se llegaba á tener signos representativos de vocales.

Estas dos clases de representaciones del sonido suministraban todos los elementos del alfabeto; verdaderas letras eran arrancadas, por vía de reducción ó disminución, de este vasto aparato ideográfico que se denomina «los geroglíficos egipcios».

Los signos habían pasado del estado de figuras al de ideogrammas y del de ideogrammas al de sílabas, y vinieron á expresar la articulación inicial de la sílaba, ya fuese vocal, ya consonante.

Entonces se produjo el fenómeno de que antes he hablado á propósito de la escritura japonesa: muchos signos respondieron á la misma letra porque pro-

cedían de palabras que comenzaban por la misma articulación.

La escritura egipcia se plaga, pues, de una multitud de caracteres homófonos, cuyo empleo velaba, por decirlo así, el alfabetismo; pero el principio de éste estaba, sin embargo, descubierto y fué aplicado en las riberas del Nilo desde la más remota antigüedad, juntamente con el procedimiento ideográfico.

Los fenicios separaron ambos procedimientos, rechazando uno y adoptando el otro.

Los antiguos están de acuerdo, en efecto, en atribuirles el honor de la invención del alfabeto, del que muchos autores, como Platón, Diodoro de Sicilia, Plutarco y Tácito, añaden que los fenicios lo tomaron del Egipto.

Los trabajos de los egiptiólogos han confirmado plenamente este hecho; y en una notable Memoria, estableció M. Emmanuel de Rongé el origen egip-

cio del alfabeto fenicio; encontrando su prototipo en los caracteres alfabéticos de la escritura hierática usada en tiempos del antiguo imperio, más de dos mil años antes de nuestra era, y principalmente en los del *papyrus Prisse.*

De las veintidos letras del alfabeto fenicio, una docena próximamente, están reconocidas como imitaciones ligeramente alteradas de los antiguos signos hieráticos que corresponden á las mismas articulaciones.

Tal vez hayan sido suministrados los prototipos para otros caracteres fenicios por los mismos caracteres geroglíficos.

Sea lo que quiera, los cananeos estaban cercanos á la tierra de los faraones, en la que más de una vez se establecieron, y debieron tomar de la escritura egipcia (y esto en una época muy anterior á la invasión de los pastores) los caracteres de que usaron para traducir los sonidos; y como no tuvieron las mismas razones

que los egipcios para respetar el valor ideográfico de estos antiguos ideogramas, tomaron solamente los que podían expresar las articulaciones de su propio idioma, imaginando algunos signos nuevos para representar los sonidos que no poseía la lengua egipcia.

El alfabeto así constituído fué colocado en un cierto orden, cuyo origen nos es desconocido; pero que data, ciertamente, de muchos siglos antes de nuestra era, pues este orden se encuentra en el alfabeto griego, siendo anterior en consecuencia, á la introducción de las letras en Grecia.

No sólo el orden y los nombres de las letras fenicias que nos ha conservado el hebreo no se encuentran en Egipto, sino que además están en desacuerdo con la primitiva significación ideográfica de los caracteres.

Los nombres semíticos de las letras *aleph*, *beth*, *ghimel*, *daleth*, etc., tienen

en fenicio y en hebreo un sentido que no responde en ningún concepto á las figuras que recordaban los signos hieráticos.

Así, la primera letra del alfabeto fenicio, de la cual se deriva la A de los griegos y de los latinos, no es más que la alteración del signo que representaba un águila en el sistema geroglífico; pero este nombre de *alehp*, que se ha convertido en *alpaha* en el griego, quiere decir *buey* en hebreo.

Evidentemente, los fenicios no han podido atribuir semejantes nombres á sus caracteres, más que cuando hubieron olvidado la significación de las figuras que tomaron del Egipto.

Debía, pues, haber transcurrido un gran lapso de tiempo entre la invención primera y la adopción de estas denominaciones, ya de suyo muy antiguas, lo cual confirma la remota antigüedad del alfabeto fenicio.

Todos los alfabetos modernos, salvo acaso el que usan los coreos (que lo han sacado de los caracteres chinos, pero todavía bajo la influencia del conocimiento de un sistema alfabético derivado del fenicio), proceden de la creación cananea.

Las indagaciones proseguidas desde hace más de medio siglo sobre la historia del alfabeto, han establecido que el fenicio es el progenitor de todos los que existen en Europa y en Asia, habiéndose separado de la fuente primera de esta gran concepción, diversas corrientes que han avanzado en diferentes direcciones, constituyendo ramas multiplicadas.

Modificaciones gradualmente introducidas en la configuración de los caracteres y la adición de nuevos signos destinados á representar articulaciones que el alfabeto tipo no traducía, han dado origen á multitud de alfabetos particulares.

Los griegos, que designaban con el nombre de *letras fenicias* las formas más arcaicas de su alfabeto y que hacían remontar su invención á un personaje fabuloso llamado Cadmo, los habían recibido manifiestamente en la Fenicia.

El nombre mismo y el orden que daban á las letras lo prueban; pero al apropiárselo, asignaron á algunas de esas letras un valor vocal más marcado que el que tenían entre los pueblos de la Palestina, donde usando caracteres especiales para las letras, se olvidaba, como acontece todavía hoy en el árabe, indicar las vocales interiores de las palabras.

La notación gráfica no ofrecía más que la armazón estable y más fija de las consonantes y la vocal quedaba, por lo tanto, unida, en cierto modo, á la consonante escrita, aunque su sonido pudiera modificarse en la palabra. Así, más tarde, cuando se adquirió el hábito

de anotar la vocal y tendía á perderse el recuerdo de la que había que suplir, debióse recurrir á un conjunto de signos colocados encima, debajo ó dentro de las letras para señalar las vocales.

Tal es el sistema cuya invención se ha atribuído erróneamente á los masoretas, y que había sido precedido de otros más sencillos, pero menos precisos, de los cuales puede dar una idea la acentuación árabe y siriaca.

El alfabeto griego más antiguo que ha llegado hasta nosotros, es el que suministran las inscripciones de la isla de Théra, el cual se remonta, según todas las apariencias, al siglo IX ú VIII antes de Jesucristo.

Las letras tienen allí un aspecto enteramente fenicio.

En los siglos siguientes se modificó la configuración de los caracteres, y la dirección adoptada en el tratado de los mismos cambió totalmente.

Los griegos habían escrito en un principio, á la manera de los fenicios, de derecha á izquierda, y la costumbre que tenían de inscribir alrededor las figuras el nombre de los personajes, de trazar circularmente en un vaso, ó en algún otro objeto, la inscripción que daba á conocer el nombre del artista ó del poseedor del objeto, generali ó la costumbre de esos trazados denominados *busstrofedon*, en el cual alternaba la dirección de las líneas, de modo que si la primera era escrita de derecha á izquierda, según el método semítico, la segunda lo era de izquierda á derecha.

Esta última dirección concluyó por prevalecer, y es la que habían adoptado con mucha anterioridad los asirios.

Los cambios que en sus formas sufrieron los caracteres griegos, engendraron diferentes alfabetos, que se distinguen á la vez por su fisonomía y el número de las letras, de las que sólo

tiene 23 el alfabeto de las inscripciones de Théra. M. Kirchhoff, á quien se debe un trabajo muy interesante sobre la historia del alfabeto griego, ádmite que en una época ya lejana, se operó una división en el modo de escritura entre los pueblos griegos, quedando los unos fieles á los tipos del Oriente, mientras que los otros, los que estaban establecidos en Occidente, alteraron notablemente sus formas.

De aquí dos alfabetos arcáicos: el Oriental, que cuenta 26 letras, y el Occidental, que sólo tiene 25; mas los arqueólogos reconocen generalmente en la antigua Grecia, cuatro alfabetos que tienen formas esencialmente distintas, ofrece cada uno letras particulares y encierran un número diferente de caracteres: 1.° el alfabeto eolodórico, que comprende diversas variedades y tiene 28 letras; 2.° el ático, que solo tiene 21 de éstas, 3.° el jónico, que tiene 24,

y 4.° el de las islas, que cuenta 27.

El primero de estos alfabetos, usado en la Thesalia, en la Beocia, en la Eubea y en una gran parte del Peloponeso, fué llevado á Italia por las colonias helénicas de la Sicilia y de la Campania, y da origen: primero, al alfabeto etrusco, cuyas variedades aparecen en el que usaron para su idioma otras poblaciones del centro de Italia, como los habitantes de la Umbría, los oscos y las tribus denominadas sabélicas; y segundo, al alfabeto latino, al cual estaba reservado ser el prototipo de los alfabetos de la Europa occidental.

De los cuatro alfabetos griegos, el de las islas fué el que menos se extendió, y en cuanto al ateniense no estuvo en uso en el Atica más que hasta últimos del siglo V, antes de nuestra era.

Durante el arcontado de Euclides, los atenienses lo abandonaron por el alfabeto jónico de 24 letras, y su ejemplo

fué bien pronto seguido por todos los pueblos de la Grecia propiamente dicha, que en adelante no conoció más que un sólo alfabeto, que todavía se usa para escribir el griego.

Sabemos muy poco de la historia de la escritura en el Asia Menor.

El corto número de inscripciones licias, frigias y carias que se han encontrado, nos ofrecen letras bastante distintas de las de los helenos.

Los licios, sobre todo, usaban ciertos caracteres extraños al alfabeto griego, si bien la forma de la mayoría de sus letras recuerda á este mucho.

A juzgar por la fisonomía exterior de los caracteres, los pueblos de las provincias occidentales del Asia Menor debieron recibir de los griegos, más bien que de los cananeos, el beneficio de la escritura.

Las naciones que hablaban lenguas pertenecientes á la misma familia que

la fenicia, no tuvieron que hacer experimentar al valor de los caracteres primitivos, los cambios que eran indispensables para adaptarlo á determinados idiomas, pues la pronunciación se aproximaba entre ellos á la de los fenicios.

Se comprende, pues, que en los alfabetos de la mayoría de las lenguas semíticas se halle menos alterado el tipo fenicio.

En todos esos idiomas las vocales tenían un caracter vago, y no ha sido necesario representarlas, como entre los griegos, por letras tomadas de lo que no era entre los fenicios más que guturales dulces ó aspiraciones; pero no todas las lenguas semíticas contaban el mismo número de articulaciones, y fué necesario recurrir á signos nuevos para el alfabeto de muchas de ellas.

Por otra parte, las configuraciones no permanecieron las mismas, y cada al-

fabeto ha pasado, como el fenicio, por diversas formas.

La cronología de los monumentos escritos en el idioma de los fenicios, presenta todavía algunas oscuridades que nó permiten establecer con entera certidumbre la sucesión de las formas que han atrasado los caracteres que usaba aquel pueblo.

Se poseen desde muy antiguo textos de la lengua cananea, tales como la gran inscripción de Mesa ó Mescha, rey de Moab; la de los pesos de bronce, en forma de león, encontrados en las escavaciones de Nímrud; las de Malta, de Nora y de muchas piedras grabadas; en fin, la inscripción del célebre sarcófago de Eschmunasar, que actualmente se halla en el Louvre.

Este último presenta un tipo gráfico, que diversos epigrafistas creen más moderno y que parece referirse al de los monumentos mucho más numerosos y

menos antiguos, descubiertos tanto en Fenicia como en Chipre y en otros puntos.

A la escritura de estos últimos monumentos se unen también los caracteres empleados en las leyendas de las monedas y de las piezas grabadas.

La *stela* de Mesa y los pesos de Nimrud nos ofrecen el estado del alfabeto semítico en el siglo IX próximamente, antes de nuestra era.

Sería menester todo un libro para desenvolver la genealogía de los diversos alfabetos asiáticos derivados del tronco fenicio, ya directamente, ya por el intermedio de otros alfabetos; pero me debo limitar á indicar los grandes lineamientos de esta larga emigración gráfica.

El alfabeto hebreo es incontestablemente uno de los primeros que se han desprendido de este tronco fecundo, pero este alfabeto no es el hebreo cuadrado, cuyo tipo nos suministran muchas biblias

hebráicas, y sobre cuya fecha originaria se ha discutido mucho en estos últimos tiempos.

El alfabeto hebreo de forma cuadrada se encuentra en la Palestina en monumentos, tales como el sepulcro llamado *de Santiago* y el denominado *de los Reyes*, cuyas fechas han sido igualmente muy discutidas, sin embargo de lo cual son tenidos generalmente como pertenecientes al siglo I de nuestra era.

Los judíos designan esta escritura con el nombre de *asiria*, el pueblo de Israel la había traido, según dicen, de las riberas del Eufrates, á su vuelta del cautiverio.

La tradición talmúdica conforma con el testimonio de muchos padres de la Iglesia, para representarla como habiendo sido introducida en Palestina por Esdras.

Es cierto que el hebreo cuadrado no pertenece á la misma rama que la primi-

tiva escritura de los judíos, sino que se refiere á otra de la que brotan numerosos vástagos: la rama aramea ó siría, cuya descendencia indicaré más adelante.

De la primitiva escritura hebráica se encuentran las formas, si bien ligeramente alteradas, en las monedas judías de la dinastía de los asmoneos.

Gracias á los monumentos descubiertos en Asiria y en Chipre, y á las piedras grabadas que contienen antiguos caracteres de los fenicios, se ha podido llegar hasta el más antiguo tipo de las letras en esta parte del Asia, lo que ha permitido encontrar el vínculo que existe entre la primera escritura de los israelitas y los antiguos caracteres de los fenicios.

El alfabeto hebreo primitivo reproduce la fisonomía general de estos caracteres, sólo que los trazos se han redondeado y simplificado; los palotes que exceden por la parte superior del cuerpo de

la letra y que son propios del fenicio arcaico, se encorvan y se doblan.

Esta antigua escritura judía, cuyas formas se han conservado con ligeras alteraciones en el alfabeto empleado por los samaritanos, entra en la categoría de las escrituras llamadas *onciales*.

Estaba manifiestamente destinada á ser trazada con una caña en el papiro ó en las pieles que se preparaban para escribir, mientras que los caracteres fenicios arcaicos que nosotros conocemos más, parecen especialmente concebidos para ser grabados en planchas.

Esto no quiere decir que los mercaderes cananeos no hayan usado desde el principio de una escritura cursiva, que debió serles muy necesaria por sus hábitos mercantiles; pero los monumentos de esta escritura no han llegado hasta nosotros.

Todos los demás alfabetos, que pueden calificarse de semíticos, así como

los de las diversas lenguas, á las cuales no podría convenir este epíteto, han nacido de una rama diferente que brotó en un principio del tronco primitivo: tal es la rama aramea que, una vez implantada en países como la Asiria y la Babilonia, que por su situación central estaban en relación con una multitud de pueblos, se propagó rápidamente y proyectó ramificaciones en todas direcciones.

La escritura aramea estaba ya formada en el siglo VII antes de nuestra era, y sus más antiguas formas nos fueron suministradas por monumentos descubiertos en Asiria, por firmas que se leen en contratos escritos en barro cocido con caracteres cuneiformes, en ladrillos, piedras preciosas y monedas.

Basta comparar las letras arameas más antiguas con el primitivo alfabeto fenicio, para convencerse de que se derivaron de él en la época en que comen-

zaba este alfabeto á emplear un segundo tipo; m as los mismos caracteres arameos se modifican gradualmente, como lo prueban las monedas de Silicia, de Capadocia, de Hierápoles, de Siria y diversas inscripciones, resultando de aquí una escritura que se ha denominado *aramea secundaria*, la cual hecha en los papiros, sufrió una nueva modificación que se encuentra en ciertas inscripciones.

Durante esta segunda fase de la escritura aramea se manifiesta, por la vez primera, una tendencia por la cual se distinguen la mayoría de las escrituras nacidas de las derivaciones posteriores, la tendencia á ligar entre sí las letras.

«Esta disposición, hace notar M. Francisco Lenormant, se debe á la naturaleza esencialmente cursiva de la escritura, y antes de convertirse en una regla de adorno caligráfico, es el resultado de la facilidad con que el pincel ó

la caña, deslizándose sobre el papiro, pasa del trazado de una letra al de otra, sin que el escriba tenga necesidad de corregir á cada vez.

La tercera fase del alfabeto arameo se nos presenta en un alfabeto de trazos gruesos y cuadrados que se encuentra empleado en los monumentos de Palmira: de aquí el nombre de *palmirense* que se le ha dado.

Comparado al arameo precedente, se distingue este alfabeto, sobre todo, por ciertos rasgueos, por ciertas formas finales.

Las monedas de la ciudad de Sidé, en Paufilia, nos presentan todavía otra variedad de alfabeto que debe referirse al tipo arameo por el palmirense, y que está á la cabeza de un conjunto de generaciones que tienen por ascendiente el arameo en su tercera forma.

A esta posteridad pertenece el alfabeto auranítico que nos suministran las

inscripciones descubiertas en el Hauran, por dos sabios viajeros, convertidos hoy día en dos hombres políticos distinguidos, M. H. Waddington y el conde Melchor de Vogüé.

Una de estas inscripciones, la del sepulcro de Suéideh, en que la traducción griega acompaña al texto, debe ser referida, si ha de juzgarse por el estilo, á la época de Herodes el Grande, y ha dado la clave del alfabeto, que no es más que una degeneración del palmirense.

En la misma categoría que el auranítico, se clasifican los alfabetos sabeo y estrangel, el más antiguo de los que ofrecen los manuscritos siriacos.

El auranítico engendró el nabateo, cuyos caracteres han servido para componer las numerosas inscripciones descubiertas en el Sinaí, y del cual parece haber salido el alfabeto árabe, del que existen dos variedades: una usada todavía en los manuscritos, denominada

neskhy ó *escritura de los copistas*, y llamada la otra *Kufy*, de una ciudad del Irak apellidada Kufa, en donde, según la tradición; se comienza á hacer uso de él.

Bajo la forma lapidaria, en que los trazos ofrecen más dureza y terminan con una especie de gancho, el kúfico ha sido utilizado desde los primeros siglos de la Egira para la decoración de los mosáicos y la de las mezquitas y palacios.

Por su agrupamiento, las letras kúficas constituyen verdaderos dibujos, figuras de mil clases, que nosotros llamamos arabescos, del nombre mismo del pueblo que las ha usado.

Distínguense en Oriente diversos géneros de neskhy más ó ménos elegantes.

La escritura árabe debe á los progresos del islamismo una gran fuerza de expansion.

Miéntras que el kúfico producía al Norte de Africa el *maghreb*, el neskhi

daba origen á la escritura de los persas, que han añadido ciertas letras al alfabeto árabe á fin de expresar sonidos, tales como la *p* y la *g*, que la lengua árabe no tiene, y á la escritura de que hacen uso los madecasos, de Madagascar, convertidos al islamismo.

La escritura persa engendró á su vez la escritura turca y la de *urdú*, el idioma de los musulmanes del Indostan, en el que se introdujeron modificaciones para expresar con ménos imperfeccion la vocalización propia de las lenguas á las cuales se aplicaba este alfabeto.

Por su parte, el antiguo *estrangel*, despues de haber pasado por diferentes formas, produjo dos vástagos: engendró el alfabeto siriaco, propiamente dicho, ó *preschito;* y llevado á las poblaciones tártaras, á las cuales comunicó la ciencia de la escritura, da orígen, entre los uígures ó turcos occidentales, á un alfabeto particular que por largo tiempo es-

tuvo ignorado de los europeos, y que no se conoce más que por un reducido número de manuscritos y por algunas monedas.

Misioneros nestorianos lo llevaron á los uígures, y esos apóstoles de la fe cristiana, que se adelantaban hasta la China en los siglos VII y VIII de nuestra era, hicieron penetrar en el corazón del Asia la luz del Evangelio.

La noción que estas comarcas recibieron del alfabeto sirio está atestiguada por la famosa inscripción siro-china de Si-'ngan-fu, cuya autenticidad, por mucho tiempo discutida, ha sido definitivamente probada por M. G. Pauthier.

Ya se ha visto que los tártaros se servían anteriormente de los *khé-mou* ó palillos entallados.

Los uígures, cuya escritura sólo hizo sufrir á las de los nestorianos modificaciones poco pronunciadas, cambiaron, sin embargo, la dirección del trazado de los caracteres.

Los sirios escribian el *estrangel*, como se escribió el *peschito*, de derecha á izquierda, segun la costumbre semítica: los tártaros prefirieron la disposición vertical, que es la de la escritura china. De esta manera está escrita la inscripción de Si-'ngan-fu.

De la escritura uígur han salido las escrituras mongola, kalmuca y mandchú.

El alfabeto de orígen arameo es, pues, el que ha proporcionado al Asia Central el beneficio de la escritura.

Este alfabeto, penetrando en las comarcas donde continuaba usándose el sistema cuneiforme para escribir en la roca y en el ladrillo, se convierte en la escritura cursiva de los habitantes, y da orígen á una escritura nueva que concluye por desposeer completamente el antiguo cuneiforme.

Esa es la escritura *pelví*, así llamada del nombre de la lengua á la cual fué adaptada, lengua que predominaba en la

corte de los reyes parthos arsacidas.

La escritura pelví continuó siendo empleada en Asia y en Persia durante muchos siglos, sobreviviendo aún á la caida de los sassanidas, pues se la encuentra usada todavía bajo los primeros califas y bajo los regentes ó ispehabedes del Taberistan.

Las formas del alfabeto pelví, cuyo orígen arameo ha establecido Silvestre de Sacy, han variado según las épocas: no son las mismas en las inscripciones y en las monedas sassanidas, encontrándose otro tipo en los manuscritos.

Del alfabeto pelví se ha derivado, según todas las apariencias, el alfabeto zendo, con cuya ayuda fueron escritos muchos de los libros de *Zoroastro*, que conservan los parsis.

Reemplazó, así como el pelví, á una escritura que prevaleció entre los persas en tiempos de la dinastía de los Achemenidos, y que se ve empleada en las

inscripciones de Penépolis de Hamadan, y en una de las tres columnas de la célebre inscripción trilingüe de Bisutun, cuyo desciframiento se debe á las indagaciones de E. Burnoof, de H. Rawlinson, de J. Oppert y de otros orientalistas, y que es alfabética, por más que los caracteres estén compuestos con el auxilio de elementos cuneiformes.

Tal vez haya tenido origen bajo la influencia de la escritura aramea de Asiria; mas su alfabetismo conserva todavía huellas del silabismo anario, y aún del uso de los ideogrammas.

Esta escritura, nacida en la Susiana, desapareció después de la caida de los Achemenidos, y la infiuencia de las conquistas de Alejandro hizo penetrar hasta las orillas del Eufrates el alfabeto griego, al mismo tiempo que la lengua helénica se hacia lengua oficial del imperio de los Seleucidas.

En cuanto al antiguo cuneiforme asi-

rio, depositario de la ciencia caldea, resistió más tiempo, siendo todavia aplicado algunas veces en la época de los Arsacides.

Las conquistas del Islam debieron conducirle á su completo aniquilamiento, y no dejó otro recuerdo en Mossul que el de una escritura en la que cada caracter podía tener muchos sentidos diferentes.

Las poblaciones musulmanas le tomaron en su ignorancia por un conjunto de signos mágicos, mientras que en Persia pasaban las inscripciones persepolitanas por obra de los héroes fabulosos del país de Djemschid ó de Fesidun.

Si el alfabeto zendo vivió poco, tuvo en cambio una descendencia que ha dado pruebas de más longevidad, pues que parece haber engendrado al que reemplazó en la Armenia al sistema cuneiforme particular, del que nosotros conocemos algunos monumentos.

Al comienzo del siglo V de nuestra era, un prelado armenio llamado Mesrob, tomando por modelo las letras zendas, inventó, si ha de creerse la tradición, los alfabetos armenio y georgiano.

El alfabeto fenicio no se extendió solamente al Norte y al Este de la Siria para llamar á la vida una cantidad de escrituras; se propagó también al Sud, en la Arabia, donde se formó un alfabeto de fisonomía particular que debió ser á su vez tronco de una posteridad poderosa.

Este alfabeto es el himiarítico, que nos han hecho conocer numerosas inscripciones, en cuya interpretación se ejercita desde hace más de un cuarto de siglo la sagacidad de los filólogos.

La lengua á que estas inscripciones pertenecen, aunque semítica, es muy diferente de la árabe que la reemplaza al presente; en ciertos puntos se aproxima al hebreo, y vestigios suyos parece que

se han conservado en el dialecto ehkili.

La escritura himiarítica es, según todas las apariencias, la que los historiadores árabes mencionan con el nombre de *musnad*.

Ignoramos á qué fecha debe referirse la institución de este alfabeto, ciertamente anterior al islamismo, y cuya forma arcáica parece remontarse á una época muy antigua.

«Puede ser, dice M. E. Renan en su *Historia general de las lenguas semíticas*, que la tradición de la estancia de los fenicios en la Arabia, en las orillas del mar Rojo, encontrará aquí su confirmación.

Esperamos que los estudios comparativos á que no dejará de dar lugar el *corpus* de inscripciones semíticas que prepara la Academia de las Inscripciones, y que ha motivado ya importantes descubrimientos, esclarecerán un día este problema.

El alfabeto himiarítico, usado en el Yemen, se aleja ya notablemente de su prototipo fenicio; pero sus derivados se separan todavía más, pues del alfabeto citado ha salido el alfabeto *ghez* ó etiópico, más rico en letras que su progenitor: la vocal se une en él á la consonante bajo la forma de un signo particular, ó está indicada por la modificación lijera que experimenta la configuración de la misma consonante; de manera que el alfabeto etiópico conserva el caracter de un verdadero silabario.

Cuando la lengua amharica ocupó en Abisinia el lugar del antiguo etiope, adoptó el alfabeto de éste, añadiéndole siete nuevas letras para expresar articulaciones que le eran propias. ¿Por qué intermediario el antiguo alfabeto del Yemen,—que suministraba á la Etiopía su escritura, en la que las letras se dispusieron, como en el griego, de izquierda á derecha,—fué llevado á la extremidad

del Africa septentrional, á la Libia y hasta la Numidia?

Lo ignoramos.

Todo lo que ha podido hacerse constar es una conexión entre las letras himiaríticas y las de la escritura llamada *tifinag*, de que se han encontrado monumentos en Argelia y en el país de los Tuareg.

El desciframiento de estas inscripciones ocupa todavía la sagacidad de los eruditos.

Ese fué ya en todo caso un vástago estéril, pues la invención del alfabeto árabe hirió de muerte al *tifinag*.

No se sabe tampoco de un modo preciso cómo el alfabeto himiarítico fué á implantarse en el Indostan septentrional.

La escritura magadhi, que conocemos por antiguas inscripciones todavía subsistentes en el Norte de la península gangética, ha sido reconocida en estos

últimos tiempos como derivación de la antigua escritura del Yemen; estos caracteres, que deben su nombre á la provincia de Magadha, cuyos reyes extendieron su poder al Norte de la India, en el siglo IV antes de nuestra era, revelan en su forma algo de rigidez y pesadéz que nos lleva completamente al himiarítico, y son 36 que se leen de izquierda á derecha.

La escritura magadhi es el tronco de todos los sistemas gráficos usados posteriormente en la India: los que han nacido de ella por vía de modificaciones, pueden dividirse en dos grupos principales.

El primero afecta formas cuadradas ó redondas, que tienen más de ancho que de alto: tales son los alfabetos tamul y birmano.

El segundo presenta caracteres más altos que anchos: á este grupo pertenece la escritura devanagasi, llamada por otro

nombre *escritura divina de las ciudades*, que es por excelencia la de los libros sanscritos, y que apenas data, al menos bajo su forma actual regular, más que del siglo VII al X de nuestra era: es elegante y clara, y todas sus letras tienen por encima una barrita horizontal que las cierra como en un cuadro y permite alinearlas exactamente por la parte superior.

Se diría que las letras están dispuestas sobre un pentágrama de música; pero existe otra forma más cursiva en que la barra horizontal ha desaparecido y en que el trazado es menos elegante.

El alfabeto devanagasi ha sido distribuído por los gramáticos indios, en categorías de letras, según su pronunciación, de manera que suministre toda una escala vocal.

El devanagasi, como el magadhi y el persopolitano, ofrece un último vestigio del silabismo primitivo, pues la *a* breve

se pronuncia en él con toda consonante simple que no se ligue directamente á otra vocal.

No enumeraré aquí todos los alfabetos que se derivan inmediata ó mediamente del magadhi, porque tendría que formar una genealogía demasiado larga, pues su descendencia ha avanzado hasta Macasar.

El alfabeto se hubiera tal vez remontado hasta el Japón, si no hubiese sido detenido en Cochinchina por la escritura china que los annamitas usaban, y que se levantó ante él cual otra muralla de la China.

La ola de la invasión alfabética vino á morir aquí; más tarde el mismo viento debía impulsar una segunda ola que partiera de la misma ribera, pero que no se extendió por espacio tan vasto.

El islamismo trajo consigo la escritura árabe, que se introdujo así en el Indostan y se apoderó en seguida del idioma malayo.

Al Occidente de Europa una nueva corriente, cuya dirección seguimos mal en las profundidades cronológicas en que se ha operado, transportó hasta Iberia el alfabeto fenicio, dando origen allí á una escritura especial que conocemos por las monedas y las inscripciones, y dotando así á España de sus primeros monumentos escritos.

Sin duda que ésto fué resultado de las colonias fenicias y cartaginesas: ¿llegaron acaso más lejos y, no limitándose á aventurarse en el Occéano para ir á buscar el estaño á las islas Cassitéridas, han llevado estos dos pueblos congéneres á lejanos parajes la maravillosa invención de la escritura?

Es cierto que los rímicos, representados por la tradición de los pueblos del Norte como una revelación de Odin, y que se empleaban entre los germanos y en la Escandinavia antes del Cristianismo, presentan ciertos caracteres que re-

cuerdan muchas letras fenicias del tipo sidonio.

Puede ser que estas analogías sean engañosas; mas, sea lo que quiera, las rúnas llamadas alemanas, mencionadas ya en el siglo VI por el poeta Fortunato, y que se trazaban en tablillas ó en la corteza de los árboles, tienen sus prototipos en los caracteres rúnicos escandinavos, que tal vez no eran en su origen más que signos puramente mágicos, ó, cuando menos, meros dibujos conmemorativos.

Otro tanto es preciso decir acerca de los caracteres oghámicos de Irlanda, cuya invención se atribuía en la Edad Media á un pretendido Ogma, hijo de Elathan.

Estos caracteres oghámicos se transformaron en un alfabeto, cuyo origen latino es dificil de desconocer, por más que el orden de sus letras no sea el alfabeto latino.

Los anglo-sajones, á los cuales pidieron los irlandeses más tarde su alfabeto, tenían también caracteres rúnicos que procedían de los escandinavos, y cuyas formas, asociadas con las letras latinas, han suministrado los elementos del alfabeto anglo-sajon.

Hubo, pues, al Norte de Europa, entre las ramas diversas del tronco gráfico, especies de anastomosis: así, combinando las rúnas germánicas con las letras griegas, Ulfilas, obispo de los godos de Mesía en la segunda mitad del siglo IV, formaba el alfabeto llamado *meso-gótico,* que se encuentra empleado en el famoso *codex Argenteus,* que contiene en lengua gótica la versión de los cuatro Evangelios.

Los vindos ó eslavos septentrionales, tenían igualmente caracteres rúnicos que, sin duda, habían recibido de los escandinavos, y no es imposible que algunos de estos signos suministraran

al apóstol de los eslavos, Cirilo, las letras que juntó á los caracteres griegos para componer el alfabeto que ha tomado su nombre y que data del siglo IX.

Todos los eslavos de rito griego adoptaron el alfabeto cirilense, cuya configuración primitiva nos han conservado numerosos monumentos, y del que no son más que modificaciones los alfabetos ruso y sérvio.

Hacia el siglo XII, los eslavos de la Dalmacia, que seguían la liturgia latina, recibieron de uno de sus sacerdotes otro alfabeto, imitado en parte de las letras cirilenses, y en parte de las latinas, y cuyo origen se ha querido hacer remontar hasta San Jerónimo.

Este alfabeto es conocido con el nombre de *bukvitziano* ó *glogolítico*, nombre que debe á la denominación que tienen en el alfabeto eslavo las letras B y G, y sus formas se separan sensiblemente de las figuras cirilenses, siendo más habi-

tual en ellas la disposición rectangular ó circular; por eso se percibe menos, al primer golpe de vista, el origen griego de muchas de estas letras.

Tal es, rápidamente bosquejado el conjunto de escrituras que tienen por antecesor común el alfabeto que imaginaron los fenicios bajo la influencia del Egipto.

Estos alfabetos constituyen como una serie de generaciones que se reparten por familias, por ramificaciones y por ramas, que habiéndose separado á diferentes alturas de un mismo tronco, han proyectado sobre espacios más ó menos extensos su follaje, destinado, no á impedir el que la luz penetre, sino á asegurar su difusión.

III

Los alfabetos de que acabamos de

ocuparnos, no difieren solamente, comparados los unos con los otros, por la naturaleza y el número de las letras, sino que todavía varia en un mismo alfabeto la configuración de los caracteres, según las épocas y el género de escritos á que se han aplicado.

Cada alfabeto tiene su historia, y ha pasado por transformaciones, unas veces ligeras, y otras muy pronunciadas.

Las letras han tenido las aplicaciones más diversas, y su existencia está ligada á las costumbres de los escribas y á los procedimientos empleados para el trazado.

Mientras que ciertos alfabetos no tuvieron más que una corta carrera, otros han durado siglos, han realizado incesantes conquistas, pues la nación que ejercía sobre sus vecinos la preponderancia intelectual, imponía su lengua y su literatura, y al propio tiempo su escritura.

Así puede decirse con alguna verdad, que el grado de extensión de un sistema gráfico es proporcionado al poder del pueblo á que pertenece.

Las religiones han sido también grandes medios de propagación gráfica, pues que, difundiendo su enseñanza, han difundido la escritura de sus libros.

Del mismo modo que la preponderancia de una nación ó de una religión ha hecho lugar á la de otras, así escrituras desde un principio usadas, han sido desposeídas por un modo diferente traído por un pueblo conquistador ó por un culto nuevo.

De esta manera los establecimientos focenses hicieron penetrar en la Galia el conocimiento y el uso de los caracteres griegos, que más tarde debia suplantar el alfabeto latino llevado por los romanos.

Los griegos desposeyeron en las ri-

beras del Nilo á la antigua escritura sagrada cuando la predicación del Evangelio proscribió los geroglíficos, tan profundamente impregnados del antiguo paganismo faraónico.

Esto que debía suceder á los eslavos convertidos por Cirilo y Methodius, acaeció también á los egipcios, iluminados por la luz del Evangelio.

El alfabeto griego, aumentado con algunas letras suministradas por la escritura hierática, reemplazó á los geroglíficos, y desde entonces los libros sólo fueron escritos en ese alfabeto que apellidamos copto.

Y así como no hay nación alguna de la antigüedad que haya extendido más allá que los romanos sus conquistas, del mismo modo no existe alfabeto alguno cuya propagación haya sido tan grande como la del alfabeto latino.

Penetrando por todas partes donde los apóstoles de la fé católica llevaron

la liturgia latina, se hizo aceptar por pueblos de idiomas de otras familias que la latina; mas si el imperio de este alfabeto fué vasto, también fué el más expuesto á variaciones, según los países y las edades, de modo que concluyó, siempre guardando la misma composición, por dividirse en una multitud de trazados que constituyeron variedades gráficae particulares.

Las letras latinas fueron, pues, como las obras literarias de los romanos, más bien modelos que se imitaron de lejos, que tipos que se reproducían servilmente.

La ignorancia de unos, el capricho de otros, conveniencias particulares, predilecciones locales, modificaron poco á poco la forma de las letras y la manera de unirlas.

La escritura tomó gradualmente en cada comarca principal una fisonomía original que dió ocasión, cuando se

multiplicaron los monumentos de las lenguas nacionales, á configuraciones de todo punto distintas.

El alfabeto latino ha pasado por transformaciones casi tan numerosas, como las que sufrió el antiguo alfabeto fenicio, para llegar á las bellas versales que se encuentran grabadas en los edificios del reinado de Augusto.

El conocimiento de la historia de esta escritura es objeto de una ciencia especial que se denomina paleografía; cada país tiene la suya; y en Francia, gracias á los trabajos de los benedictinos, completados por los de muchos eruditos contemporáneos, sobre todo por los que fundaron ó los que han continuado la enseñanza de la escuela de diplomática, la paleografía, como su hermana la diplomática, ha llegado á ser uno de los conocimientos más seguros y más positivos, prestando á la historia servicios inapreciables. La suce-

sión de las formas, y estoy por decir, de los modos que se han adoptado para las letras, es por sí misma una historia de las más interesantes, que puede leerse en tratados tales como los de MM. Natalis de Wailly, W. Wattenbach y C. Lupi.

El museo de los archivos nacionales ofrece al público una curiosa colección de documentos de todo género, que comprende desde el siglo VII hasta el comienzo del nuestro, y que da una idea completa de las innumerables transforciones de la escritura latina.

Semejante variedad en el trazado hace difícil una clasificación algo rigurosa, tanto más, cuanto que en estas metamorfósis el hombre ha procedido como la naturaleza, no por cambios bruscos, sino por modificaciones insensibles.

Se pueden, sin embargo, distinguir tres grandes épocas, y en cada una de ellas cierto número de matices.

La primera época se extiende desde el establecimiento de los bárbaros hasta el siglo XIII; la segunda desde éste al comienzo del XVI, y la tercera desde esta fecha hasta nuestros días.

Para las dos primeras, las dimensiones y la forma de las letras nos suministran tres clases bastante claramente definidas: las mayúsculas, usadas en las inscripoiones y en las monedas y para ciertos títulos y ciertas iniciales; las minúsculas, generalmente empleadas para las obras literarias, y las cursivas, adoptadas para las actas: á veces se reconocian muchas variedades de cada una de estas especies de escrituras.

Durante el primer período de la Edad Media, la escritura de mayúsculas, heredera dirccta del antiguo alfabeto latino. no tiene ya esas formas majestuosas y regulares que admiramos en los frontones de los templos, en el zócalo de las estátuas y en los postes milarios, eleva-

dos por los romanos durante los primeros siglos del Imperio.

Las mayúsculas pierden mucha de su elegancia, y concluyen por no ser más que torpemente dibujadas y por constituir lo que se ha llamado las *mayúsculas rústicas.*

En los manuscritos principalmente, se prefirieron caracteres cuyo trazado exigía menos cuidado y seguridad en la mano, y cuyos rasgos requerían menos ligereza y flexibilidad; los copistas adoptaron mayúsculas de una forma más pesada, que era, por decirlo así, una especie de cursiva, en la que se habían forzado las dimensiones y engrosado los caracteres, al punto de darles una pulgada de longitud, ó, como decían los romanos, una onza, *(uncia)*, pues que la onza era la duodécima parte de su pié: de aquí el nombre de *escritura oncial* dado á esta clase de mayúsculas, que, por tanto, no tenían siempre más que

una onza de altura, próximamente.

Como lo que en la mayúscula exigía tiempo y destreza eran especialmente el trazado de las líneas rectas y la regularidad de los ángulos, se redondearon en la oncial las líneas, se enconvaron los palotes y se redondearon muchas veces las curvas.

La oncial fué, como juiciosamente la apellida Schonemann, la cursiva de la mayúscula.

Los antiguos romanos emplearon para el uso diario caracteres más fáciles de trazar y menos separados unos de otros que lo están las mayúsculas: este tipo cursivo se había modificado grandemente bajo la influencia de diversas causas, entre las cuales debe mencionarse la sustitución de la pluma de ganso, de grulla ó de otra ave, del *calamus*, ó caña, de que hasta entónces se había usado con preferencia, y cuya sustitución se operó desde el siglo V al VII.

Los bárbaros recibieron la cursiva romana bajo su última forma; pero ésta no podía menos de sufrir entre ellos nuevas alteraciones, pues es propiedad de las escrituras cursivas el estar expuestas á separarse más del tipo de que proceden.

Cuanto más rápidamente se quería trazar los caracteres, tanto más se caminaba á multiplicar los ligamentos, á fin de tener que levantar cada vez menos la mano.

Así, en la cursiva que nos ofrece el período de la Edad Media, se ve frecuentemente enlazarse las letras unas con otras, al punto que casi no se las puede distinguir.

La limpieza, las formas fijas que presentaba la oncial han desaparecido, y la cursiva merovingia nos ofrece á veces un extraño conjunto de garabatos, en que las letras engarabitadas y contorneadas no remediaban con sus grandes

dimensiones la oscuridad que resultaba de su deformidad.

Otra cosa sucede en la especie de taquigrafía, empleada frecuentemente en los diplomas merovingios y carlovingios por los refrendarios, en las notas tironenses, así llamadas porque se hacía remontar su invención á un liberto de Ciceron llamado Julio Tiron.

Recurríase á esta estenografía para proteger las actas contra la habilidad de los falsificadores.

La escritura llamada minúscula, intermediaria entre la mayúscula y la cursiva, proviene de ésta, de la cual ha tomado muchas de las formas y de los trazos, siguiendo todavía los procedimientos de la mayúscula.

Las letras están en ellas más redondeadas que en la oncial y son de menos dimensiones, mirándose, sobre todo, á ganar espacio y á abreviar el trazado, haciéndole más rápido, por lo que se su-

primieron panzas y travesaños, sustituyéndose á veces por sencillos trazos líneas más señaladas y enroscándose las barras y los finales; pero aún simplificando en esta minúscula las formas de la uncial, se conservaron sin cambio los caracteres ménos complicados de ésta.

Semejante modo de proceder no excluye cierta elegancia, ni aún los caprichos y adornos, que se observan sobre todo en la especie de minúscula llamada *diplomática*, cuya aparición data del siglo XI.

En ella los palotes y los finales se prolongan con frecuencia tan desmesuradamente, que se diría que el copista no ha podido detener el impulso de su mano.

Esta minúscula diplomática, que toma de la cursiva muchas letras, concluye, al declinar la primera época, por reemplazarla casi por completo.

También se empleó anteriormente

otra escritura, en la que los palotes adquirieron dimensiones aún más exageradas: ésta es la *semi-oncial* ó escritura mixta, en la que las letras pertenecían, ya á la mayúscula, ya á la minúscula, y cuya desaparición de lòs diplomas se refiere al siglo IX.

Las modificaciones graduales que sufre la escritura en los últimos siglos de la primera época, acumulándose, por decirlo así, terminaron en un estilo gráfico verdaderamente nuevo, la escritura que tan impropiamente se ha denominado *gótica*, que algunos llaman *ludoviciense*, porque data principalmente de la época de San Luis, y para la cual se ha propuesto, con mucho acierto, el epiteto de *escolástica*.

Las formas que hizo prevalecer operaron una verdadera revolución en el trazado gráfico.

La Italia abandonó su escritura llamada *lombarda*, usada hasta los comienzos del

siglo XIII, por esta nueva moda, de la que no se cansa hasta el siglo XV, quedando todavía en la corte de Roma, que frecuentemente recurría á ella para trascribir sus Breves.

Hacia la misma época obraba España del mismo modo respecto de su escritura *visigoda*, una de cuyas formas persistió hasta el final del siglo XVI.

Se pueden distinguir en la escritura gótica las mismas cuatro variedades señaladas en el período precedente: la mayúscula, la minúscula, la cursiva y la mixta; pero hay subdivisiones esenciales que establecer, según que se tome la escritura de los manuscritos, de los diplomas, de los sellos ó de las monedas.

Además de los caracteres generales que ofrecen las diversas especies de escritura gótica en sus diferentes épocas, cada provincia tiene en su manera de escribir un caracter propio: que es á la escritura lo que el acento es á la lengua.

En el Mediodía, las letras son más cuadradas; en las provincias del Oeste, más agudas; en Champaña, más redondas; en Flandes, más finas, etc.

En Italia las diferencias son todavía más pronunciadas, segun las provincias.

La caligrafía de los manuscritos, que había llegado en el siglo XV á constituir un verdadero arte, y cuyo empleo estaba realzado por la mezcla de los colores, las orlas de miniaturas, flores y adornos de mil clases, recibió un golpe mortal con el descubrimiento de la imprenta, que data de mediados del siglo XV.

Al desaparecer los confeccionadores de manuscritos, dejaron sin principios y sin guía á los copistas de cartas y actos públicos, y la tradición gótica se perdió gradualmente.

Con todo eso, los caracteres tipográficos trajeron modelos que las obras maestras *chirográficas* no suministraban.

Las primeras impresiones en madera

habían imitado antes la escritura; pero más tarde se observa con frecuencia en esta una imitación de la impresión en caracteres móviles.

Las letras, que en los documentos públicos del fin del siglo XV vuelven algo á las formas de lo oncial, se aproximan en tiempo de Luis XII á los caracteres llamados romanos, de los que las prensas de Venecia habían dado perfectos modelos.

Mas no es solamente á la invención de Guttenberg á lo que se debe la decadencia del arte de escribir caligráficamente, sino también á la multiplicidad de las escrituras, á lo que pudiera llamarse el progreso de la papelería, que data principalmente del tiempo en que el papel sustituyó al pergamino.

Una de las causas que contribuyeron á que se abandonara la minúscula por la escritura mixta gótica, es la de que las actas se habían hecho muy numerosas y

no había tiempo, como en el pasado, para pintar las palabras.

Así, la caligrafía de los diplomas de los siglos XII y XIII, cuya tinta ha conservado tan sorprendente negrura, se perdió en el siglo siguiente.

La rapidéz de la ejecución: he aquí á lo que aspiraban los notarios, los procuradores y los cartularios; solamente los frailes, en su vida pacífica, no contaban con el tiempo, y he aquí por qué en el siglo XVI sólo se encuentran las bellas formas góticas de la época precedente en los escritos que proceden de algunas comunidades y establecimientos religiosos; pero esto no es ya más que un arcaismo.

Sin embargo, la escritura de las actas públicas guarda por más tiempo las tradiciones y vuelve aún para la minúscula á las costumbres del siglo IX.

Como el conocimiento de la lectura se generalizaba; como las actas se dirigían

desde entonces á mayor número, se miraba más á la claridad, y las abreviaturas incesantes de la época precedente se hicieron raras en el siglo XVI y recaían casi exclusivamente sobre el final de las palabras.

Más tarde se hizo sentir la influencia de las cancillerías italianas en las actas de nuestro país; los caracteres se enderezan y se adelgazan, recordando esa escritura llamada *itálica,* que había imitado Aldo en su *Virgilio,* impreso en 1500, según se dice, de la escritura de Petrarca, y que se apellida *aldina.*

Sin embargo, la cursiva, ya cuadrada, ya redonda, ha continuado usándose; en esta cursiva, en donde la alteración de la forma antigua se observa más, se individualiza, porque cada cual obedece en sus escritos á su capricho y á su comodidad.

La necesidad de escribir con rapidéz modifica sucesivamente su fisonomía y hace que la escritura corriente todavía

casi gótica en tiempo de Luis XII, cuadrada ó redonda bajo Francisco I, se incline ó se prolongue á medida que se aproxima la conclusión del siglo XVI.

Los principios de la buena caligrafía se abandonan cada vez más.

En la época de Enrique IV la cursiva se usa exclusivamente; pero las letras, muy juntas las unas á las otras y por lo general muy regulares, conservan frecuentemente restos de las formas angulosas de la gótica.

Estas no tardan en desaparecer por completo en tiempo de Luis XIII, en cuya época tomaron las letras mayores dimensiones; cuando tienen formas elegantes, es la redondilla, no la gótica, la que se ofrece á la vista; pero cuando se mira ante todo á la rapidéz de la ejecución, lejos de hacerse más clara y más limpia, la escritura parece que exagera los garabatos menos legibles de las épocas más antiguas.

En las minutas de los notarios, en los instrumentos de escribanía, se confunden unas con otras las palabras y apenas dejan discernir las letras.

Abreviaturas sinnúmero y excesivas aumentan aún la oscuridad, y lo que se producía ya en los comienzos del siglo XVI, se continúa en las cortes de los soberanos y en los tribunales en el siglo siguiente.

La uniformidad desapareció cada vez más en los siglos XVII y XVIII.

Cuando se hojea una colección de autógrafos de esta época, se observa que no reinó en ella un estilo susceptible de ser claramente definido, por más que ciertas configuraciones de letras afecten aún en tal ó cual período una fisonomía que pueda servir para averiguar su fecha.

La escritura varía bastante sensiblemente de una persona á otra, teniendo en los individuos de una clase determinada un aspecto distinto que en los de

otra; pues mientras que generalmente guarda en manos de gentes de calidad sus caracteres prolongados, se acorta, haciéndose más recogida ó más menuda, en la clase media.

Los escritores de profesión, los eruditos, los amanuenses que tienen necesidad de escribir mucho y de prisa, no daban ya á las letras estos aires de gentiles-hombres que conservaron en los escritos de un Bossuet, de un Racine ó de un Fenelon.

Ya en el siglo precedente había sufrido la escritura entre algunos esta modificación por las causas que debían obrar más poderosamente en el siglo XVIII.

La escritura del célebre erudito Du Cange, que escribió en la mitad del siglo XVII, es casi menuda; la de Colbert, menos regular, es menuda también; y es que el gran ministro había sido en un principio mero empleado y tenía que escribir á cada instante.

Comparad su escritura á la del marqués de Torcy, su sobrino, y vereis cómo en este las letras se prolongan y cómo los palotes han ganado en altura; es que el marqués de Torcy se sentía ya de noble raza, y ha tomado los hábitos de los gentiles-hombres, que daban á sus caracteres mayor amplitud.

Pero al aproximarse la revolución, la escritura tiende, áun entre las gentes de calidad, á reducirse, viniendo á ser la imágen de lo que pasó, y á mostrarnos el abatimiento de los grandes.

Comparad los escritos de Luis XVI con los de Luis XIV, y podreis decir, sólo con aquellos caracteres, que el infortunado monarca no debía ser más que el heredero muy empequeñecido del gran rey.

Y aún parece que su escritura era todavía más menuda después de la toma de la Bastilla, en cuya época escribía como un burgués: es que los aconteci-

mientos le obligaron á escribir con más frecuencia, á anotar marginalmente una multitud de documentos, y á escribir de prisa, mientras que los reyes sus ante-cesores y los antiguos gentiles-hombres escribían poco y se tomaban tiempo.

A contar de la segunda mitad del siglo XVIII, no hay disciplina á que se sujete la mano; ya se ha sacudido la tradición, se está en plena anarquía, ó, mejor dicho, en pleno individualismo.

Cada uno escribe á su manera: unos guardando más ó ménos las antiguas formas, y otros siguiendo en el trazado su comodidad personal; y esta divergencia creciente en los estilos gráficos, se aumenta cada vez más en el periodo subsiguiente.

Así, la configuración de las letras revela no tanto la fecha como la fisonomía del escritor.

El caracter del que escribía se graba de tal manera en la escritura, que mu-

chas gentes pretendían entonces reconocer el temperamento del hombre por su mano, y su pretensión no era siempre quimérica: en muchos escritos se discierne algo que responde al carácter de la persona.

Pasad la vista, por ejemplo, por los registios de actas de la Asamblea nacional, donde constan los nombres de los que en la sesión del 20 de Junio de 1789 suscribieron el famoso juramento del Juego de pelota, y comparad esas firmas con el caracter de los que las trazaion.

¡Qué de curiosas conformidades atestiguadas por autógrafos más extensos de otras piezas emanadas de personajes no menos conocidos en nuestra historia contemporánea!

¿No aparece Robespierre, tal como la revolución nos lo ha mcstrado, en esa escritura pequeña, seca y sin ligadura?

Su nombre está inscrito en el acta de

la sesión del 20 de Junio muy próximo al de Boissy-d' Anglas, cuya escritura grande y franca contrasta con la de aquél.

No lejos de éstas se halla la firma pesadamente pretensiosa del fundador de la secta de los *Teofilántropos*, uno de los directores de la república francesa, L. M. De la Revelliere de Lépeaux, como él lo escribía.

El caracter resuelto y tenaz de Lanjuinais se lee bien en esas letras achatadas hechas por una mano pesada.

Igualmente atrevida, es menos firme la escritura de Rabaut-Saint-Etienne.

La de Talleyrand es tortuosa, y la de Mirabeau recuerda la grande escritura de los gentiles-hombres del siglo XVII, que es una especie de oncial, pero más apretada, en la que la arrogancia se mezcla con la impaciencia.

La firma de Barnave descubre la emoción, y la de Merlin de Douai la obstinación.

Comparad la escritura de Fouquier-Tinville con la del verdugo Sanson, y ¡cuanta analogía en la brutalidad del trazado!

En fin, para mencionar las víctimas después de los verdugos, ¿no se siente el observador impresionado de la noble firmeza que revela la escritura de María Antonieta escribiendo á madame Élisabeth después de su condenación á muerte?

La mano no ha temblado, y los caracteres permanecen siendo por su aspecto lo mismo que cuando la mujer era reina: no se descubre en ellos ni afectación ni cólera.

Esta escritura pertenece á la misma familia que la de Carlota Corday al ir á comparecer ante sus jueces, y se aproxima, aunque de más lejos, á la de madame Roland.

En materia de escritura no se atiende ya á la caligrafía, sino que nos contentamos con copias claras y legibles.

El oficio de escribir, que era un arte cuando se necesitaba hacer trascribir un libro tantas veces como ejemplares querían poseerse, y cuando era moda agregar á las letras iniciales graciosos y caprichosos adornos para hacer resaltar su forma, no es al presente más que un mísero oficio.

Cuanto más adelantamos, remitimos á procedimientos mecánicos el cuidado de las trascripciones: cuando no se imprime, se autografía.

La litografía y el foto-grabado se prefieren hoy á los mejores copistas, porque son más exactos, y hasta la misma fotografía eléctrica encarga á un aparato escribir el despacho que recibe. Sin embargo, si se busca la rapidez, se manifiesta cada vez más la necesidad de claridad que se hacía sentir ya en el siglo XVI.

En la escritura cursiva la imperfección y la arbitrariedad en el trazado ponen á veces bastante á prueba nues-

tra perspicacia para que no se añada allí la dificultad de las abreviaturas, que, salvo un corto número, han sido desterradas totalmente.

No obstante, á pesar de las alteraciones que hasta en nuestros días ha hecho sufrir á la escritura usual el capricho ó la falta de destreza, la cursiva conserva en Francia más claridad que entre los alemanes, que han conservado ligaduras abreviativas que nosotros rechazamos, y prolongado el cuerpo de las letras de modo que vienen á resultar meros trazos.

Más apegados que nosotros á las tradiciones de la Edad Media, nuestros vecinos han conservado en la impresión el uso de los caracteres góticos, cuyos ángulos han suavizado, sin embargo, desde hace dos siglos: antes servíanse aún de una gótica que la Inglaterra y la Francia habían abandonado mucho tiempo hacía.

Entre muchos pueblos en que la influencia germánica se ha hecho sentir, ha prevalecido la escritura alemana, al menos en la tipografía; pero la claridad, la pureza, y como dirían los tipógrafos, el *bello ojo* de nuestro alfabeto romano y de nuestra itálica, tales como han salido de los progresos del arte, les hacen preferibles al alfabeto alemán.

Desde hace algún tiempo se han adoptado para un gran número de libros impresos en lengua alemana las letras latinas; y los romanos, que bajo la influencia eslava se sirvieron en un principio de las letras cirilenses, que abandonaron enseguida por un alfabeto formado del ruso enriquecido con algunas letras, han concluído por sustituirle con el alfabeto latino, cuyos derechos sobre su idioma son seguramente muy fundados, pues que pertenece á la familia de las lenguas romanas.

La invención de la imprenta tiene la

ventaja de hacer la escritura menos variable que era cuando se trazaba á mano; ha hecho, respecto de la escritura, algo de lo que había verificado por lo que toca al lenguaje.

Uniformando los estilos, ha dado más uniformidad al modo de formar las letras, y ha facilitado por este medio las comunicaciones intelectuales. ¿Debe creerse, por esto, que haya hecho imposibles para siempre nuevas y profundas modificaciones en la escritura, que haya fijado irrevocablemente el alfabeto é impuesto un trazado cursivo del que será imposible deshacernos?

Al considerar lo generalizada que se halla la escritura, la multiplicidad de la correspondencia, la necesidad para los pueblos civilizados de ponerse cada vez más en relación escrita unos con otros, seguramente qne dan intenciones de admitir que llegará un día en que todos los pueblos adopten un solo y mismo

alfabeto, y consecuentemente, un procedimiento uniforme de escritura.

Esta unificación gráfica, de la que pudiera considerarse como precursora la unificación de los pesos y medidas y de las monedas, presenta, sin embargo, grandes dificultades; pero si es apetecida y no imposible, exige al menos la solución previa que muchos otros problemas del mismo género y muy dificultosos de resolver.

Un alfabeto único, sería ya tener andado la mitad del camino para llegar á una lengua universal, pues semejante unificación entrañaría para cada idioma cambios de ortografías, y, por consiguiente, de pronunciaciones, que darían por resultado borrar muchas diferencias entre las diversas lenguas.

Puede juzgarse de esta dificultad por la que ofrece un problema seguramente menos complejo, cual es la adopción de un mismo sistema de transcripciones

para representar las palabras pertenecientes á las lenguas orientales.

Cada pueblo, y casi cada autor, ha adquirido el hábito de representar á su manera, y según la ortografía de su lengua, los sonidos que traduce tal ó cual palabra de uno de esos idiomas, de representar tal letra del alfabeto árabe ó tibetan, tal sonido chino ó japonés, por una letra ó un conjunto de ellas; reinando á este respecto una singular confusión, cuyo resultado ha sido desnaturalizar los nombres orientales cuando pasan de una á otra población europea.

Esto es precisamente lo que sucede con todos esos nombres geográficos que nos suministran los ingleses y los anglo-americanos, traidos por ellos de la India ó del *far-west*, bajo el disfraz de su propia pronunciación; nosotros adoptamos su ortografía, y frecuentemente formamos la idea más falsa de lo que son en realidad esas palabras.

El problema de la transcripción de los nombres ha ocupado mucho á ciertos sabios.

El célebre viajero Volney, que, después de Maimieux y de Brosses, intentó componer un alfabeto armónico á propósito para representar todos los elementos posibles de la palabra, vió fracasar su empresa.

La solución del problema exigiría que quien la intentara se pusiese primero de acuerdo sobre el primero de esos mismos elementos; lo que todavía no se ha hecho.

Así, mientras que, según un filólogo francés recientemente arrebatado á la ciencia, Mr. Eichhoff, el número de las articulaciones simples se reduce á 50, Büttner cuenta más de 300.

El desacuerdo que reina á este respecto ha concluido por hacer abandonar hasta el estudio de la cuestión; y el premio fundado en el Instituto por Volney en favor de quien la resolviera, ha te-

nido que ser transformado en un premio de filología comparada, cuya institución ha dado mucho mejores frutos.

Se ha llegado, no obstante, á un acuerdo respecto de diversas clases de sonido; algunos de los sistemas propuestos responden en cierta medida al fin que se aspira alcanzar.

Citaré el de un célebre egiptólogo alemán. Mr. Lepsius, al que muchos filólogos continúan conformándose, y el de un orientalista francés, Mr. León de Rosny, autor de un erudito trabajo sobre los alfabetos.

Así se ha llegado para la transcripción del alfabeto devanagasi á cierto acuerdo, merced al cual se pueden reproducir bastante fielmente textos sanscritos, sin tener que recurrir á los caracteres originales.

La unificación de las escrituras cursivas ofrece todavía más dificultades que la de los caracteres tipográficos, y nos

veríamos reducidos, si se tratara de hacer una escritura universal, á medios artificiales y medianamente arbitrarios; muchos implican la adopción de un sistema de trasmisión fonética común, que no es ménos embarazoso que la unificación de los signos gráficos, y para el cual hasta se llega, como tiene lugar en el procedimiento de Mr. Sudre, á hacer intervenir el elemento musical.

La unidad de las notaciones para la música parece, en efecto, suministrarnos la prueba de que un sistema común de notaciones fonológicas no es una quimera; pero la generalización de un método que exige una educación delicada del oido es todavía más difícil que la de un procedimiento como la estenografía, que requiere una gran destreza de la mano.

La estenografía, á la cual recurrimos para reproducir los debates de nuestras Asambleas deliberantes, se halla, por

otra parte, muy léjos de adaptarse á todas las lenguas.

Precisamente porque la rapidez del trazado exige que se prescinda de la ortografía, que se limite á representar extrictamente el sonido, el acuerdo debe ser muy completo en lo que toca á la pronunciación de las letras, lo que no es posible entre idiomas de genio fonético muy diferente.

Seguramente que nuestra estenografía es muy superior á ciertas taquigrafías usadas en la antigüedad y en la Edad Media.

Se podrá simplificar notablemente los medios de ejecución, llegar á reemplazar, como recientemente se ha propuesto, la mano armada de la pluma por el acto de tocar en un teclado ó por pedales que escribirán en vez del estenógrafo, y permitirán reproducir un discurso con tanta prontitud como se ejecuta un trozo de música; mas es muy de temer

que se pierda en tal caso en claridad lo que se gane en rapidez, pues hágase lo que se quiera, se tropezará siempre con la dificultad de inventar un sistema de signos que pueda ser adoptado para todas las lenguas y todas las pronunciaciones.

Para resolver el problema de una escritura común, parece que se debe volver á lo que era la escritura en el principio, á un conjunto de ideogrammas, en los cuales el sentido fuera independiente del valor fonético qüe pudiera dárseles; pero el uso de estos signos universales de ideas conduciría á los hombres á no servirse más que de una lengua tan infantil, tan tosca como la que nosotros llamamos lengua de negros, á la que nos conduce un tanto, es preciso convenir en ello, la redacción de los telegramas.

Un sistema semejante sería á lo sumo aplicable á ciertas correspondencias muy

elementales y á ciertos cambios muy limitados de ideas; pero no podría prestarse á la composición de las obras literarias, ni sería aceptable en parte alguna donde importe expresar los matices del pensamiento con claridad, precisión y elegancia.

Como se ve, estamos bastante lejos de una escritura universal, tanto, acaso, como de una lengua única; pero si al presente no puede operarse la unificación entre alfabetos radicalmente diferentes y desde largo tiempo en uso, se puede al ménos reducir el número de los que existen; se producirá, sin duda alguna, para los sistemas gráficos lo que ya se ha producido respecto de las lenguas.

Muchos idiomas tienden á desaparecer para no dejar en la superficie del globo sino unos cuantos que concluirán por dividirse su posesión.

Los alfabetos particulares de ciertas

lenguas morirán con estos mismos, y no se contarán en la tierra más que un número muy reducido de escrituras.

El alfabeto latino ha ocupado ya el lugar de muchos otros, por la sustitución del uso de una lengua europea á un antiguo idioma nacional.

La historia de la escritura da lugar todavía á una cuestión.

¿El sistema alfabético es la última palabra de los procedimientos gráficos?

¿Hará lugar un día á un sistema más sencillo?

No lo pensamos, y hé aquí los motivos de esta opinión.

No todas las invenciones humanas son susceptibles de un progreso indefinido, pues encuentran límites en la esencia misma de nuestras facultades, cuyo ejercicio facilitan extendiendo su aplicación, pero sin poder cambiar su naturaleza.

Una vez que una invención ha hecho

producir á la idea sobre que se funda todo lo que esta puede entrañar, debe detenerse, absolutamente como en geometría sucede, donde una vez descubierto el modo de evaluación de una superficie ó del contenido de un volúmen, ya no se puede imaginar otro medio de hacerlo completamente diferente.

Mucho hemos perfeccionado nuestros procedimientos, en verdad: la industria humana ha hecho en nuestros dias prodigios; pero hay artes que agotan todos sus recursos, y, pasado cierto término, no se acrecienta su dominio, por más que pueda ser cada día más cultivado.

Cuanto más sencillo es por naturaleza un procedimiento ó un arte, más cerca está del término que no puede traspasar.

Así, en muchas de esas cosas que no exigen ni grandes combinaciones ni un gasto siempre nuevo de inteligencia, nos hemos quedado detenidos en el punto en

que estaban nuestros abuelos, y aún la antigüedad.

¿No habían alcanzado las bellas artes, en tiempo de los griegos, mayor altura todavía que tienen entre nosotros?

¿No vemos producirse el mismo hecho en otro órden de trabajos?

La fabricación de una multitud de objetos muy sencillos no ha variado, desde hace siglos, más que lo ha hecho la manera de ejecutar las cuatro reglas.

El espíritu de invención se aplica á actos más complejos, lo cual nos explica por qué las sociedades en que las necesidades intelectuales y físicas permanecen poco desenvueltas, en que casi no se conocen más que métodos elementales, se detienen pronto en el camino del progreso, pues es preciso que las necesidades del hombre se extiendan, se diversifiquen y se refinen para que su inventiva se sutilice y se ejercite.

Esta observación nos hace comprender, dicho sea de paso, por qué los animales aparecen estacionarios en sus costumbres, que desde hace mucho tiempo han sido miradas, no como el resultado de conocimientos adquiridos y trasmitidos por la educacion; sino como el efecto de un instinto espontáneo, aunque baste observarles en el ejercicio de su industria para convencerse de que á ella aportan inventiva é inteligencia, y modifican ciertos pequeños detalles de sus procedimientos, según las necesidades del momento.

Siendo las necesidades de los animales, como sus facultades, mucho más restringidas que las nuestras, su inteligencia ha hallado pronto sus límites, y no se han necesitado muchas generaciones para traerlos al punto en que hoy los observamos, que apénas podrán ya traspasar, por lo que no hay razón para que veamos en esto una prueba

de la espontaneidad de sus aptitudes.

El hombre ha llegado ya en ciertas cosas á este límite infranqueable, pero en muchas otras tiene todavía un largo camino que andar. Así como la variedad infinita de las formas de actividad de nuestro ser intelectual y moral engendra sin cesar necesidades nuevas, del mismo modo nuestro génio inventor encuentra sín cesar móviles nuevos. La palabra en sus diferentes modos de expresion, y la escritura, que es su manifestacion visible, deben en su evolución alcanzar un término finai, un estado más allá del que será imposible avanzar, como llegará un tiempo en que no nos será dado descubrir en nuestro globo comarcas desccnocidas. Esas grandes invenciones, frutos precoces y primaverales de nuestra inteligencia, han llegado desde un principio á constituirse con lo que tenían de más esencial, no habiendo sufrido, en conse-

cuencia, más que lentas modificaciones, que no son otra cosa que mejoramientos de detalles, perfeccionamientos secundarios, que más se refieren á los instrumentos empleados que al fondo mismo del procedimiento.

La escritura ha atravesado ya las grandes fasee de su existencia, y no le es posible operar metamorfosis tan profundas como las que han señalado el paso del ideogramma al silabismo y de éste al alfabetismo; y los escasos progresos que todavía puede realizar, parece que no deberán cambiar ni sus elementos ni su sistema.

FIN